



ALMAFUERTE

Salvadora Medina Onrubia

Salvadora Medina Onrubia (Argentina 1894 – 1972), fue una poeta, narradora, dramaturga y anarcofeminista de origen judío.

Participó en La Semana Trágica argentina de 1919. En 1931, se convertiría en la primera mujer argentina encarcelada por motivos políticos. Mantuvo siempre una actitud crítica del matrimonio y a favor del amor libre.

Desde los 15 años acogió la causa del anarquista ruso Simón Radowitzki, acusado de homicidio. Colaboró con el periódico anarco-comunista *La protesta* y escribió la obra teatral anarquista, *Almafuerte* (1914).



NUESTRO TEATRO

Revista Quincenal de Crítica y Producciones Teatrales

Dirección y Administración: TALCAHUANO 429

AÑO I * Buenos Aires, Febrero 1º de 1914 * Núm. 9



ALMAFUERTE

DRAMA
EN TRES ACTOS y EN PROSA
ORIGINAL DE
Salvadora Medina Onrubia

Estrenado en el
Teatro APOLO
en Enero de 1914



Salvadora Medina Onrubia

ALMAFUERTE

Drama en tres actos y en prosa

Estrenado en el “Teatro Apolo” de Buenos Aires
el 10 de enero de 1914

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Almafuerte. Rosana Koch

Personajes

Salvadora

Acto I. La dichosa

Acto II. La fuerte

Acto III. La vencida

Salvadora Medina Onrubia, la heroína descentrada

ALMAFUERTE

Rosana Koch

Almafuerte (1914), pieza teatral de tema anarquista, se propone rescatar aquellas obras de Salvadora Medina Onrubia que solamente habían sido publicadas por única vez en vida, y que, “casi un siglo después”, apuestan a la reedición de sus producciones más tempranas. Su figura de periodista, dramaturga y anarquista –además del inevitable enlace entre la esfera pública y la privada que no escapan de su biografía– se presenta como un modelo de representación femenina y autoral.

Maestra rural de espíritu anarquista, madre soltera que emigra a Buenos Aires, esposa de Natalio Botana, dueño del poderoso diario *Crítica*, intercesora de la libertad de Simón Radowitzky, amiga de Alfonsina Storni y seguidora de la

teosofía, presa política en el gobierno de Uriburu a quien le escribió “le cruzo la cara con todo mi desprecio” en una carta que se hizo pública, desde su lugar de detención. Su biografía construye un itinerario casi mítico –le decían “la Venus Roja” por su militancia anarquista– y convoca imágenes multifacéticas que la historiografía ha potenciado en torno a esta mujer emancipada.

Almafuerte pertenece a una Salvadora recién llegada a la ciudad de Buenos Aires y antes de que fuera la famosa Señora de Botana. “Es la obra de mi juventud”, la que provee, desde sus más tempranas actuaciones, el estrecho enlace entre sus producciones literarias, periodísticas y su lanzamiento simultáneo en la esfera pública y política del país. Estas primeras incursiones, son las que permiten indagar las estrategias de autfiguración femeninas y autorales que Salvadora construye para sí. A partir de su análisis, emergen dos figuras de escritora. La primera es “la escritora anarquista”, imagen que hace referencia a la interrelación entre el campo literario, periodístico y militante que se evidencia potencialmente en el año 1914. Ese año, Salvadora arriba a Buenos Aires con el primer manuscrito de su obra teatral de temática anarquista, *Almafuerte*, que se estrena el 10 de enero de 1914 en el teatro Apolo de la Calle Corrientes. Salvadora tiene tan sólo 18 años. Pocos días después, el 27 de enero, la escritora inaugura públicamente su faceta de oradora con la Conferencia que lee en el mitin de la Casa de Suiza, “Alma al

aire”, con la cual testimonia su militancia activa en el anarquismo. Dos días después, el 29 de enero, esa misma conferencia se reproduce de manera completa en la primera plana de *La Protesta*, primer periódico anarquista del país en el cual se incorporará a partir del 5 de febrero de 1914 como redactora permanente con salario y publicará sus artículos periodísticos¹.

Almafuerte es un drama que continúa las características fundamentales del teatro anarquista y encuentra su tensión dramática en los conflictos originados por la injusticia social que separa al mundo en dos grupos enfrentados antagónicamente, los opresores y los oprimidos. Por un lado, una familia trabajadora que asume las formas del lamento a partir de las precarias condiciones laborales de la vida diaria. Las mujeres de la casa trabajan como costureras, planchadoras y domésticas. Los hombres son obreros fabriles y comparten los valores centrales del ideario anarquista. Las huelgas y reuniones de las que forman parte, asumen el carácter desafiante e ilegal de la prédica revolucionaria. Por el otro lado, las figuras opresoras están representadas por el Doctor, a quien sólo se lo menciona,

1 Los trabajos minuciosamente documentados de Lucía de Leone “*Flores de juventud para la causa libertaria. Apuntes sobre ‘Alma al aire’ (1914) de Salvadora Medina Onrubia*” (2013) y “*Desde el alma. En torno de la producción temprana de Salvadora Medina Onrubia*” (2014) resultan ineludibles para analizar todas las correspondencias mencionadas entre la labor periodística, la práctica literaria y el momento más intenso de militancia de Salvadora Medina Onrubia.

pero en cuya figura recae simbólicamente el “pecado” capitalista. Su discurso burgués es vehiculizado por Doña Braulia, dueña del conventillo. El Estado represivo, también como fuerza antagonista, ejerce toda su presión con la Ley de Residencia (1902), que junto con la Ley de Defensa Social (1910), constituyen en ese momento histórico la respuesta de la oligarquía para preservar el orden social.

La obra se desenvuelve en una estética realista que permite visualizar una referencia directa con el contexto socio-cultural. El marco en el que se desarrollan los hechos es un conventillo, recinto de pobreza para los trabajadores que sobreviven con sueldos insuficientes y en paupérrimas condiciones de higiene. Si bien la pieza del conventillo donde convive esta familia, a pesar de ser modesta, es limpia, con cuadros y flores, es en la tuberculosis del personaje de la Gurisa donde se materializa el castigo moral que representa esa enfermedad y la condición marginal que sofoca a todo el grupo familiar.

Elisa, el personaje principal a partir del cual se vertebra la obra, está de novia con Arturo. Ambos proyectan casarse, sin embargo, el plan no podrá cumplirse. La historia de amor se frustra cuando Doña Braulia, a raíz de las detenciones por la huelga en la fábrica donde trabaja Arturo, le muestra a Elisa, maliciosamente, la fotografía de su novio estampada en la revista *Fray Mocho*. Arturo, a quien se le va a aplicar la Ley de Residencia por ser considerado una amenaza para el territorio nacional, se ve obligado a marcharse a su país de

origen, España, como un “pobre judío errante”, por tener “el cerebro enfermo de razón, de inteligencia, de rebeldía, que es la enfermedad que más se paga”, y le pide a Elisa que lo acompañe. Ella, que “no puede dejar a su pobre gente sola” renuncia al matrimonio y a su amor. Las vidas privadas de estos personajes adquieren dimensiones políticas en la medida en que es el Estado el que a partir de su dispositivo legal separa a la pareja anarquista. El discurso anarquista también se reconoce en los dos personajes. Si bien en el discurso de Elisa se delinearían los ideales libertarios, es a través del personaje de Arturo que se pone en escena la voz y la retórica de un sujeto colectivo donde se actualizan los valores de lucha de un grupo: “Vosotros no sois máquinas vivientes (...) Trabajad, pero sed libres... Sed conscientes de lo que sois, conscientes de lo que hacéis, y no olvidéis nunca de que sois hombres, (.), de que tenéis todos los derechos de la tierra (.)”.

El registro trágico que acompaña el desenlace de los personajes se profundiza en Elisa. Para salvar a su familia, cansada de miseria, está obligada a “perderse” en manos del doctor quien, por medio de una carta que le da Doña Braulia, le ofrece “tres mil pesos por una hora”. En Elisa se construye una subjetividad atravesada por su condición de clase y de género. El binomio matrimonio/prostitución –que si bien no se plantea como pares antitéticos ya que forman parte de instancias distintas en la pieza dramática– sí se van construyendo como opciones para la protagonista. La

respuesta que elabora Salvadora Onrubia desde ese lugar, es la de una identidad que se aparta del ideal femenino hegemónico, porque la protagonista desestima finalmente el matrimonio y, a pesar de abdicar al usufructo del cuerpo como intercambio de consumo y representación del capitalismo, también es la opción que el anarquismo feminista propicia contra los roles domésticos del patriarcado burgués.

Salvadora anuncia: “Es la obra de mi juventud, casi puedo decir de mi niñez, que en vez de blancas rosas de primavera floreció rojas y sangrientas flores de dolor”. Estas palabras prefiguran el espíritu militante que se va a encauzar potencialmente en *Almafuerte*.

Sin duda, Salvadora Medina Onrubia representa un modelo de mujer que constituye un desvío o “descentramiento” respecto del paradigma hegemónico social y cultural aceptado en los comienzos de siglo XX. Su figura, paulatinamente, está siendo recobrada para revelar su legado anarquista y feminista, además de acercarnos a la potencia de su obra literaria. Además de la edición de esta obra, da cuenta de una obra poco explorada, que se está redescubriendo y se resiste a la versión definitiva.

Extractado de la reseña del libro Almafuerte. El libro humilde y doliente de Salvadora Medina Onrubia, publicado en 2015. Córdoba, Buena vista ediciones.

2015

Universidad Nacional de Rosario

PERSONAJES

D. MAURICIO.— Criollo viejo empleado de muchos años en una fábrica.

DOÑA MARIANA.— Criolla-buenota y simple, planchadora.

GURISA.— 16 años, flaquita arruinada que ayuda a planchar

JULIA. — 18 años, frescota linda, que lleva el cargo de la casa.

ELISA.— 20 años, costurera de fino.

ARTURO.— obrero inteligente de ideas avanzadas.

DOÑA BRAULIA. - Encargada del conventillo, también planchadora DOÑA PETRONA otra vecina.

Vecinos y vecinas

La acción en un conventillo del centro de Buenos Aires.

Época actual (1914)

SALVADORA

Oh! si los malos supieran lo feliz que es el bueno, se harían buenos, aunque fuera por maldad y por egoísmo.

Almafuerte

Su nombre propio es un símbolo: el símbolo de la bondad y de la belleza íntima.

La artista es apenas una niña. Una niña que conoce de la vida ¡a tristeza de vivir.

Sus cantos son hondas elegías. Cantos lastimeros. Cantos de un alma amoldada al dolor de los miseros y de los deshechos.

Es un corazón bueno y dolorido. No odia con la fuerte pasión del macho encallecido en el dolor de los vencidos. Odia con amor y con lampos virginales y bondadosos.

Todos los hombres son buenos, mas no todos son felices, porque el ideal no ha alumbrado la frente de los proyectos. El ideal ilumina a la niña y hace desparramar, a manos llenas, las piedras preciosas de su profunda mina de exquisiteces infinitas.

Sus versos son destellos de luz, destellos lúcidos que manan de un alma tierna y apasionada.

Sus cantos son los cantos de vidas que mueren y que renacen. Renacen para

“...Una larga dicha serena”
que “la siento en la carne como una pena”
“y mi alma, hecha suspiro, va hacia sus ojos...”²

Su nombre propio es un símbolo. El símbolo de la humana regeneración.

Nació así, tal como es, como su nombre lo indica.

No conoció en su vida mas que la tristeza de los despojados, y a ellos acudió para *truecar* la tristeza en alegría, la debilidad en fuerza, el odio en amor.

² Versos sueltos de S. M. Onrubia

Exclama: “Solo los fuertes saben querer y solo los que quieren son fuertes”.

Elisa, la protagonista de “Almafuerte”, la triste niña, la débil criatura, la que odia por condición propia, llega a ser la dichosa y fuerte por el bálsamo sublime del amor, y aunque vencida después, sigue amando con el mismo encanto del primer sueño de amor.

Vencida sí, pero para no llorar más, para vivir, para luchar y para seguir amando.

Su drama es todo el drama de la vida de hoy.

¿Defectos? Odio a los críticos por estar convencido de su impotencia mental, por eso, en arte, no sirvo para crítico de obra ajena; soy mas bien un panegirista. Me gusta más admirar que blasfemar.

La admiración es una bondad, y yo, como Salvadora, quiero mas bien ser buena, porque sólo los buenos pueden amar, y los que aman son fuertes, son los poseedores del Ideal que engrandece y regenera.

¿Que sería la vida sin ideales? Cálculo, inmundo cálculo. Aburrimiento. Muerte prematura. Amasijo insustancial de pútrida materia.

Salvadora, es una estrella que aparece por arte mágico en el horripilante horizonte de tinieblas que nos cubre.

Abrid los ojos todos, oh, mohicanos del mundo. Abrid los ojos y mirad la estrella. Alumbrados en sus ojos, porque ella:

“Al sentir sobre el alma su mirada serena”

“me siento enteramente y para siempre buena”

“quiero, para sus ojos, ser la más bella”

“que mi alma luminosa cual luz de estrella”

“endulza, floreciéndolos, *mis* labios rojos”

“y así, —como dos sueños— besar sus ojos”.³

Haced que el beso de la dulce poetisa sea eterno, porque él endulzará vuestra vida y alimentará noblemente el fruto de vuestros amores.

Ese fruto es la humanidad que nace. Salvadora, como un símbolo, será la madre generosa de un futuro grande y hondo.

Y cual Hada misteriosa, embalsamará el ámbito del inmenso y vasto jardín de una humanidad fuerte y buena.

Santiago Locascio.

Buenos Aires, 27 de Enero de 1914

³ Idem.

ACTO I

LA DICHOSA

Representa la escena un comedorcito modesto, pero limpio, arreglado con cuadritos, flores, reloj, lámpara de colgar. Al fondo un aparadorcito arreglado, la mesa con carpeta. Delante de la escena a la izquierda del espectador la mesa de plancha, en medio la máquina de calentar las planchas y a la derecha la máquina de coser. Al levantarse el telón, Elisa sentada en la máquina cose, atareada, ropa blanca. Doña Mariana y la 'Gurisa planchan cada una a un lado de la mesa. Por todos lados hay en la pieza altos de ropa planchada, canastos grandes.

Debe procurar darse una sensación de bienestar, cariño, comodidad. Una casa muy feliz donde todos se quieren, donde todos trabajan, donde hay paz y alegría.

Los trajes adecuados. La Gurisa un saquito Para sacárselo en momento oportuno y Elisa muy arreglada, coqueta, como que es muy querida, de rosa, con una pañoleta grande, un delantalito bonito. Doña Braulia debe tener un poco Je bigote.

ESCENA I

Elisa Doña Mariana y la Gurisa. Después Julia y después Doña Braulia

(La Gurisa quitándose el saco sofocada se queda solo con la blusita blanca. Se estira cansada).

Gurisa.— P,cha digo...! que calor hace! Yo ya no puedo más...

Elisa.—.. Vos siempre te ahogas de calor o estás temblando de frío No sé que tenés....

Gurisa.— ¿Que tengo?... Te pondría yo a vos a planchar todo el día y verías si no te daba calor, y si más después, cuando dejaras las planchas no te daba frío...

Elisa.— ¡Calor...! Hoy me parece que ni metida adentro del brasero me daba calor a mi... Que días tremendos. Ni un rayito de sol siquiera para alégralo un poco a uno, y este viento que parece cuchillo como corta las carnes. —Tengo heladas las manos, y de duros los dedos que no puedo agarrar la aguja. —Que frío bárbaro! (*Acercas las manos al brasero*).

D^a. Mariana.— Mira Gurisa; ponete el saco, ¿querés?, que te puede hacer mal desabrigarte, y más con esa tos de perro que tenés hace días.

Gurisa.— Pero, si me ahogo de calor mamá...

D^a. Mariana.— Ponétele, te digo, que te vas a enfriar. (*No se lo pone la chica, porque entra Julia con la torta en la fuente y se acerca a la máquina a enseñársela a Elisa. Las otras la rodean*).

Julia.— (*Entrando*) Miren de linda que salió la torta. Mirá ché, Elisa, que el huevo y la azúcar arriba parece oro... ¡que rica!

D^a. Mariana.— ¡Y que olorcito que tiene! Hoy se ha cocido bien.

Gurisa.— Si dan ganas de tocarla y chuparse los dedos. Córdala y dame un pedacito ahora. ¿Querés?

Elisa.— No señor, no la partas hasta que venga tata.

Gurisa.— Tata eh? Es por tata... por Arturo no.

Elisa.— Bueno. Arturo también: ¿y qué?... Vos che Julia tené caliente el agua del mate, y el café de nosotros ¡que han de llegar los pobres con un frío!

Gurisa.— El café de Vds... No sé si porque el señor Arturo no toma mate no has de tomar vos como los demás...

Elisa.— Porque no me gusta y ya está.... cuando *menos a vos te importa mucho*. (Tose la Guripa *sin poder contestar*.)

D^a. Mariana.— ¡Pero Julia! Andá cerrá esa puerta.... parece que tenés cola... mire un poco pasar y dejar la puerta abierta con este viento y con este frío y una planchando acalorada adentro. Ni que tuvieras miedo de apretarte el rabo. Anda cerrala. Y vos Gurisa pónete el saco, que parece hicieras adrede esos desarreglos.

Gurisa.— Si que me lo pongo, si. (*Estremeciéndose*). Me ha dado una cosa como un frío.

Julia.— *(Desde la puerta que fue a cerrar, grita.)* Ahí viene su comadre mamá ¡Muchachas apróntense! *(A la que entra).* ¿Como le va Doña Braulia? pase, pase. Aquí las tiene trabajando.

D^a. Braulia.— Buenas tardes gente... ¿Qué tal?... ¿Atareadas como siempre?

Todas.— ¡Buenas, Doña Braulia.

D^a. Mariana.— Tanto bueno por acá, que milagro se acordó de las vecinas. *(Julia, que cerrando la puerta, vino detrás de ella le ofrece una silla.)*

Julia.— Tome, siéntese.

D^a. Braulia.— *(Gracias, hija, nos sentaremos a conversar un poco, (viene fumando uno de hoja; al sentarse escupe. Julia se sienta también).* Fíjese comadre estaba planchando y de repente me viene como un ímpetu, dejo las planchas y digo: Voy a ver que les pasa a las de mi comadre que están tan encerradas. A ver si se las ha comido alguien que ni en el patio las he visto. *(Escupe).*

Julia.— *(Despacio a Elisa.)* Esta porquería de vieja bigotuda viene por el interés de la torta, pero se embroma, que hoy no la parto por ella,

Elisa.— Cállate estúpida.

D^a. Mariana.— Muchas gracias doña Braulia por el interés, pero ya ve que estamos lo más bien. Nos encerramos a trabajar, porque con estos días solamente la necesidad lo hace salir a uno al patio... ¡Que manera de hacer frío! ¿verdad?

Julia.— (*Bromeando.*) Y a VD^a. cuando menos que la corre alguno para que salga.

D^a. Braulia.— ¡Pero es loca esta Julia! No hija, nadie me corre; pero es así mi genio. Para que voy a decir otra cosa. Yo no tengo sosiego en un lado todo el día. A mí me gusta pasear, visitar un poco los vecinos, conversar con las amistades... Uno es así, suciabile... (*escupe*).

Julia (*con intención*).— Sí, que así, es la gente sucia... ble.

Elisa (*a Julia*).— (*Tirándole de la manga*) Callate, te digo...

D^a. Braulia.— Siempre trabajando Uds., ¿eh? Que cosa matadora ese trabajo de las planchas. Yo reciencito les dejo porque ya no podía más. Desde la mañana que estaba dele y dele... Me queda todavía un montón de ropa que era de apuro para hoy; pero que se embrome la patrona; que bastantes veces tengo que esperar yo también a que me

pague. Eso sí. A mí, no ha nacido rico que me ponga la ley... El día que no tengo ganas de trabajar, ni aunque me den oro, (*escupe*) ni aunque me den una carretada de oro, muevo este dedo, (*escupe*).

Gurisa.— Dichosa de UD^a. (*deja la plancha y vuelve a estirarse*). ¡Ay! ya lo creo que es dichosa; yo, hoy, lo que quisiera es estar durmiendo, y acá me tiene... desde las siete de la mañana que estamos planchando y yo... Ya me duelen las espaldas...

D^a. Mariana.— Y que le vamos a hacer hija, tené paciencia; ya nos queda poquito, y bien sabes que me gusta dejar entregada toda la ropa al fin de la semana.

Gurisa.— Si yo no digo nada, si es mejor que acabemos hoy. Pero yo estoy de las espaldas que no puedo más... No sé que diablo me pasa que lo que nunca, me ha dado por cansarme. ¡Solo quisiera pasármelo acostada nomás... Una haraganería!...

D^a. Braulia.— Ha de ser porque estás tan flaca, hija, y de resfriada y de ronca que da gusto... Porque no te tomás esta noche un ponchecito para entonar el pecho... y sudás: ¿sabes? y se te va el resfrío... estás enteramente arruinada vos... (*escupe*).

D^a. Mariana.— Eso le quiero hacer yo; pero la señorita no quiere saber nada de ningún remedio; y ya le he dicho, que si mañana está así que ni se sueñe de ir al baile. Ella ya sabe.

Gurisa.— No se que culpa tengo yo de estar resfriada para que no me deje ir.

D^a. Braulia.— Si, hija, que te va a hacer un resfrío. No te va a impedir de bailar, no. Y que ha de dar gusto ir a las fiestas de esa sociedad, tan seria que es, ¿eh?... No es como otras sociedades que son un loquero... Me han dicho que van a hacer unas cosas de teatro lindísimas y unos cantos...

Julia.— Sí que van a ser bien lindas. La Elisa va a cantar con la guitarra unos versos que hizo Arturo.

D^a. Braulia.— ¿Endeveras m'hija?... Y haces bien, porque tenés una voz... ¿Y tu novio, que dice él que te mezquina tanto? (*Escupe*).

Elisa.— Y que quiere que diga? Él los hizo los versos, y como es el secretario de la sociedad.

D^a. Braulia.— Ah! si, hija; no me acordaba. Y a propósito... ¿no me podrías conseguir vos por él unas tarjetitas para ir a verte? No es por el baile, ¿sabés? que esas son cosas de muchachas. Es por eso del teatro que me gusta tanto... Y

además, por verte a vos, que da gusto oírte cantar. No sos, no, como la María chica de mi comadre, que cuando canta da ganas de darle un pedazo de pan para que se calle... o sino, de echarle un balde agua fría, que hace unos gritos igual que gallina clueca. (*Escupe*)

Julia.— Ya está usted siempre criticando.

D^a. Braulia.— Pero sos loca, muchacha. Cuando me has sentido criticar a nadie... lo que hay es que digo las cosas como son nomás, porque a mí a franca no me gana nadie... Eso sí, (*escupe. A Elisa*). Ché. y vos has costurado mucho aprontando las paqueterías⁴ para la noche del baile?

D^a. Mariana.— Dícales que le muestren los trajes que se han aprontado... que se los muestren...

D^a. Braulia.— ¡Otra vez de estreno! traigan esas paqueterías para recrear los ojos...

⁴ En Argentina: paquetería, dicho de una prenda de vestir, de una vivienda o de una celebración: Realizada con especial esmero y elegancia: una fiesta paqueta. Dicho de una persona: Que muestra un particular esmero en su arreglo, vestimenta, modales, etc. También se dice que algo es "una paquetería" cuando nos resulta fino/elegante o, dicho irónicamente, cuando es especialmente tosco. [N. e. d.]

Elisa.— Pero mamá, ¿a que le dice de los vestidos? Anda, Julia, tráelos...

D^a. Braulia.— Ya estás mezquinándolos, pícara.

Elisa.— No, doña Braulia. no los mezquino. No son ninguna novedad, por eso... Ya ve, Julia y yo tenemos los de siempre, el que es nuevo es el de la Gurisa...

Gurisa.— *(Dejando la plancha y acercándose)*: Va a ver que lindo... todo de pura seda y con adornos de vidrio... ¡mas paquete!. Pero anda Julia, pues, tráelo... *(sale Julia de mala gana)*.

D^a. Braulia.— Siempre paquetas ustedes ¿eh? Eso digo yo que a las hijas de mi compadre Mauricio no hay quien las gane en los arreglos.

Elisa.— No tanto, lo que hay es que yo como se coser...

D^a. Braulia.— ¡Qué hija! Salí de ahí... otras saben coser también... es que ustedes tienen y...

D^a. Mariana.— Que vamos a tener... Lo que hay es que somos tantos a trabajar que algo pueden gastar las muchachas en darse un gusto.

D^a. Braulia.— Eso digo yo, no hay como poder darse un gusto para estar contento. Créanme, muchachas, que cuando una se ve de Pobre que no puede comprar ni un trapo... hasta las ganas de trabajar se le quitan.

(Pausa) (Julia entra con un vestido rosa que va a poner sobre la mesa. Doña Braulia se levanta y lo agarra):

D^a. Braulia.— Acá llegó la mezquina con los vestidos. A ver ché, trae, *(lo mira por todos lados)*.

Gurisa.— ¿Ha visto? Mire; fíjese en el mío... *(lo agarra para enseñárselo mejor)* No le dije que era de pura seda y con flecos de vidrio. También tenemos zapatos nuevos las tres.

D^a. Braulia.— Zapatos también. ¡Ay, mi Dios! Bueno, sin zapatos aparentes no lucen los vestidos... Tráelo, hija, para verlo bien. *(Vuelve a mirar también este hasta por el revés)*. Pero, ché, hasta el forro es de seda... ¡que cosa divina! Pero mira estos flecos. ¡Ay Jesús mi Dios! Pero ché, mocosa: ¿de donde te has escarbado, vos, para tanto lujo?

Elisa.— Que va a ser lujo. Doña Braulia. Este es el vestido rosado aquel que le estaba haciendo para la señorita rubia de la calle Ayacucho, ¿se acuerda? Se lo saqué chico, y como tuvo que hacer otro, le arreglé ese para la Gurisa.

D^a. Braulia.— Pero, hija !... que zonza!... te lo hubieras dejado para vos y le arreglabas uno tuyo a la chiquilina.

Elisa.— No, como es el primer vestido largo que se va a poner...

D^a. Braulia.— ¡Ah! y vos también de vestido largo ya... Bueno, que tenes años. Solamente que sos arruinadita...

Julia.— (*Aparte a Elisa*): Pero que vieja más asquerosa es esta.

Elisa.— Callate, no seas bruta.

D^a. Braulia.— (*Devolviendo el vestido a la Gurisa, que encantada se aleja a mirarlo por toaos lados. A Elisa*): ¿Y para cuando es lo bueno, ché? Porque creo que no te olvidarás de las amigas y que nos tocarán a todas las masitas.

Elisa.— Falta mucho todavía... más de tres meses.

D^a. Braulia.— Y va a ser linda la fiesta ¿eh? Ustedes que pueden...

D^a. Mariana.— No, no crea... que fiesta... nada, entre nosotros nomás, en silencio...

D^a. Braulia.— ¡Pero, que egoístas!... siempre son así ustedes, para estas cosas... parece que no nos quieren participar de su alegría a los demás. En fin... cada uno hace las cosas a su gusto, ¿no? Son tan distintos para todo los pareceres de la gente... *(A Elisa:)* Ya estarás aprontándote la ropa, vos, hija, y seguro que ha de ser más linda y más paqueta que la de cualquier rica, ¿no?

Elisa.— No tanto, no exagere... Arregladita y abundante nomás... No tengo tiempo tampoco con la costura ajena; sino sería otra cosa... Mire, esto que estoy haciendo ahora, es para mí. *(Le pasa un corpiño).*

D^a. Braulia.— ¡Ay m'hija!... ¡que cosa más linda! ¡Pero si es una espuma; si es de puro hilo! y que puntillas. ¡Jesús, mi Dios, que cosa más linda!

Elisa.— Mire lo demás. *(Le pasa las otras prendas del juego, ya dobladas).*

D^a. Braulia.— Pero que esplendidez, ché. Me parece que es la ropa más linda que has hecho nunca.

Elisa.— Ese es el mas paquete... me falta pasarle la cinta todavía, ¿ve? Esta rosada.

D^a. Braulia.— Es divino, ché. Seguramente que este es el que te vas a estrenar ese día. ¿No picarona? (*Bajan un poco la voz para seguir hablando*). (*Julia y la Gurisa están todavía mirando los vestidos*).

D^a. Mariana.— *Ché*, Gurisa, sinvengüenza, que has dejado la plancha, vení ligerito para acá a acabar.

Gurisa.— ¡Ay! mamá, espere un rato, estoy cansada.

Julia.— Mirá... lleva los vestidos adentro que yo voy a agarrar la plancha hasta que vengan ellos.

Gurisa.— Bueno, bueno, (*Sale con el vestido despacito, mirándolo mucho*). (*Julia va a seguir planchando*)

D^a. Braulia.— (*Alzando la voz*) Que no vas a hablar con tu novio del lugar donde se van a casar... Ha de ser por el civil, nomás, solamente que no querés decir... ¿Y como es eso, que no le ponés cintas blancas al juego de casamiento?

Elisa.— ¿Blancas? No, he pensado, ¿para qué? ¡A Arturo le gusta tanto el color rosa!

(*Le toma la ropa y se levanta a ponerla sobre la mesa*).

D^a. Braulia.— (*Sola*). Con seguridad que esta judía no se casa por la iglesia. Con toda seguridad que ese judío no se quiere casar por ningún lado. ¡Uff! Eso de no ponerle cintas blancas al juego de casamiento no me gusta, no, no me gusta.

Elisa.— (*Volviendo y sentándose*). Pero esa Gurisa... se perdió con el vestido. Seguro que se lo está probando... ¡qué chica!... En cuanto tiene un ratito ya dispara al espejo a probárselo. El día del baile ya lo tiene viejo.

D^a. Braulia.— Pero, hija, ahora que hablas del baile... Mira, vos no te vayas a resentir, pero quiero contarte una cosa que me han dicho...

Elisa.— ¿Y qué le han dicho doña Braulia?... ¿algo malo de mí?... no será novedad.

D^a. Braulia.— No hija, de vos no se que nadie tenga que decir nada. Es de la sociedad.

Elisa.— ¿De la sociedad? ¿De cual?

D^a. Braulia.— Hija, de esa sociedad de tu novio y de tu padre y de todos los de la fábrica. Como los obreros nunca se juntan para cosa buena; los que los ven de tanta reunión y tanta fiesta; andan diciendo de por todo que esas fiestas

son pretexto para reuniones y que tratan de una punta de cosas de anarquistas y que esa es una sociedad mala.

Elisa.— Mala, ¿por qué?

(Las otras dejan las planchas y atienden).

D^a. Braulia.— Porque es de anarquistas, hija... de esos desalmados, asesinos que lo único que quieren es degollar la gente y quemar iglesias como si tuvieran pacto hecho con el diablo.

Elisa.— *(Riendo, nerviosa)* No, mujer... no diga esos disparates... ¿qué sabe usted lo que son los anarquistas?...

D^a. Braulia.— Que no querés que sepa m'hija. De muy buena fuente, se que son unos salvajes que quieren acabar el mundo matando gente y deshaciéndolo todo... que no son capaces de querer ni a su padre, que son unos ladrones que todo lo quieren para ellos. Y fíjate, si será mala la gente que dicen por todo que esa es una sociedad de anarquista... y como saben que yo tengo tanta relación con ustedes, me preguntaron si yo sabía lo que había de verdad en eso...

Elisa.— Y usted, ¿qué les dijo?

D^a. Braulia.— ¿Y que querías hija que les dijera? Me callé nomás... Como tu novio anda metido ahí, y... vos no tenés porque resentirte, ¿eh?... pero yo se que él es medio.. así... En fin, yo no me animé a defenderlo ¿sabes?... y les dije que te iba a preguntar a vos...

Elisa.— Y por eso me dice, ¿no?

D^a. Braulia.— Claro hija, que por eso.

Elisa.— Bueno, escuche... Dígale a esos canallas, a esos idiotas que se ocupan de lo que no les importa, que yo Elisa, digo: que cuando se juntan los pobres obreros, no es para matar a nadie, ni para hablar de nadie, sino para, aunque trabajen, poder tener un rato tranquilo y divertido, para ayudarse un poco ya que son pobres y para procurar darles un poco de educación a los hijos y que no sean esclavos como ellos. Que si piden algo... están en su derecho de hombres, y lo piden porque trabajan, y aunque pobres, también tienen familia para la que buscan un poquito de tranquilidad y dicha a la que tienen derecho porque son hombres y porque trabajan; y dígales, que si todos los anarquistas son como mi novio, para que fuera bueno el mundo y felices las mujeres debían ser anarquistas todos los hombres.

D^a. Braulia.— Pero m'hija... si no te lo he dicho para que te enojas... Si era tina conversación nomás.

Elisa.— Si yo no me enojo... parece que no sabe que en toda mi vida no me he enojado yo una sola vez... usted, me dice una cosa y yo se la contesto... ¿No decía que me iba a preguntar a mi?

D^a. Braulia.— Si hija, tenés razón, yo digo que tenés razón, quien los mete a hablar de lo que no les importa.

Elisa.— No es nada que hablen, déjelos... de algo se tienen que ocupar... *(a Julia)*. Ves. Ché. Julia... Querés ir aprontando todo que ya van a ser las cinco y llegarán los pobres con tanto frío. Tráete el agua del mate y el café de Arturo acá al brasero. *(Julia deja la plancha y se acerca a la puerta.)*

Julia.— *(Gritando)*. Gurisa... vení, sigue planchando que tengo que hacer otra cosa.

Gurisa.— *(Desde dentro)*. Ya voy... espera...

D^a. Braulia.— Hija... las cinco ya, que se me ha hecho tarde con la conversación Me voy ligerito para mi casa, que ahora no más llega mi viejo también y ni fuego he de tener. Y además ché, Elisa... vos sabes como soy de franca y no te vas a resentir. No me gusta encontrarme con tu novio.

Elisa.— No se de que me voy a resentir. UD^a. es dueña de hacer lo que quiera.

D^a. Braulia.— ¡Bueno. entonces, hasta mañana o hasta luego, ¿eh?

Todas.— Hasta mañana. (*Como ve que nadie se levanta, sale sola... Julia, le grita*).

Julia.— Espere Doña Braulia que voy para la cocina y salimos Juntas... (*a la Gurisa*). Ché, Gurisa; veni de una vez.

Gurisa.— (*De dentro*). Ya voy, hombre...

(*Va Julia al aparador a bajar una taza*). (*Doña Braulia, que quedó sola en la puerta rezonga*)

D^a. Braulia.— ¡Pero que gente antipática esta... Jesús! ni que fueran los Anchorena... Y ni con la torta han sido capaz de convidarme y eso que la tienen ahí, en las narices. (*Llega Julia y la agarra de la cintura*).

D^a. Braulia.— Vamos Julita. Hasta mañana otra vez.

Todas.— Hasta mañana.

ESCENA II

Elisa, Doña Mariana, después la Gurisa, después Julia, después Don Mauricio y Arturo.

(Elisa, dejando la costura y echándose para atrás en la silla).

Elisa.— ¡Pero mamá; que vieja insoportable es esta.

D^a. Mariana.— ¡Qué cosa, hija!, si parece mentira que haya gente así. Cuando la oigo, me da miedo de pensar todo lo que hablará por ahí de nosotros.

Elisa.— Sí que nos sacará el cuero, sí. *(Grita)*. Gurisa vení para acá de una vez.

Gurisa.— *(Entrando)*. Me había acostado un ratito. Estoy enferma, Uds. no me quieren creer.

D^a. Mariana.— M'hija... si te sentís mal, no planches más, sentate.

Gurisa.— No mama... ahora me siento mejor. Que suerte que se fue esa vieja. No he visto otra cosa más entremetida y más curiosa y más habladora. Yo no la puedo aguantar. ¡Me hace dar más rabia!...

D^a. Mariana.— Callate que vos y la Julia son igualitas que ella... no le hagan esas guasadas ni le digan esas cosas; miren que con la gente así es malo chacotear.

Gurisa.— Si nosotras no le decimos nada. Y bien que le podíamos decir, sí... Mire como nos ha dejado el suelo de escupidas esa chancha... *(va hasta la puerta y grita)* Julia, Julia... no te olvides de traer el balde con la lona del piso para limpiar lo de siempre

D^a. Mariana.— Vení para acá, mocosa... para eso no estás enferma. Ya la otra sabe y lo va a traer sin que le digas nada.

Julia.— *(Entrando con el balde y la lona en una mano, y en la otra la yerbera que deja sobre la mesa, se pone a limpiar):* ¡Qué vieja puerca Dios mío! ¡Mira como deja el piso de estar un ratito sentada! Vieja asquerosa, vieja guanaca. Y tener yo que estar limpiándole las escupidas a esa sinvergüenza.

Gurisa.— Y que son saliva de diablo, che. El veneno que le sobra cuando habla es... No se han fijado, que en cuanto dice una barbaridad muy grande larga una... y cuanto más grande es la barbaridad, con mas ganas escupe; como para firmar...

Julia.— Y saliva de tabaco inglés que pone el suelo a la miseria, *(levantándose acabando de limpiar)*. Y que no se le gasta con todo lo que habla.

D^a. Mariana.— Cállense ustedes dos, que tienen la lengua más larga que ella. Y vos mocosa, para conversar no estás enferma, vení ligerito a acabar de planchar que ya no queda casi nada, toma estas dos fundas. *(Se acerca la Gurisa a la mesa en el momento que entran don Mauricio y Arturo; éste trae un ramo de flores para Elisa, y don Mauricio besa a las tres chicas al saludarlas)*

Ellos.— Buenas tardes. *(Elisa se adelanta a tomarles los sombreros, Don Mauricio se lo da y se acerca a la mesa a hablar con doña Mariana)*.

Arturo.— *(A Elisa)*: Buenas tardes, prenda del alma. Toma tus flores. *Elisa hunde la cara en ellas y luego se las prende en el pecho*). ¡Qué lindas!... que ricas!... Ya me parecía que no llegaba nunca la tarde para verte; ¿te acordaste hoy mucho de mi?

Arturo.— Como siempre, mi reina... sin ver la hora de salir para venir a mirarte los ojos. No se lo que me pasa cuando ando lejos de vos, me pongo como azonzado, que no se ni lo que me hablan ni lo que digo, ni lo que hago.

Julia.— *(Que estuvo escuchando)*: Mira, azonzados andan hace tiempo los dos...

Gurisa.— *(Señalándolos con la plancha)*: Ya están esos secreteándose.

Julia.— Esperen para conversarse a estar sentados siquiera. *(Elisa ríe y va a colgar los sombreros, luego vuelve a la máquina, Arturo se vuelve a Julia)*:

Arturo.— Y vos. lavando el piso... ¿Qué ha pasado?

Julia.— Nada, que vino esa vieja puerca de Doña Braulia, y como siempre nos dejó todo a la miseria.

Arturo.— *(ríe)*.

Julia.— Y de qué te reís? ¿Te parece muy gracioso eh? Como vos no tenés que limpiar.

Arturo.— (*riendo*). No, no me parece gracioso, vos tenés la culpa: ¿por qué no le traes la salivadera? o le pones un cartelito: “Es prohibido escupir en el piso de mi pieza.”

Julia.— (*furiosa*): Anda al diablo, estúpido (*sale*).

Arturo.— ¡Qué muchacha esta! Siempre por alguna cosa tiene que rezongar con la vecina... que total... (*Acercándose a la mesa*) Y vos, Gurisa, ¿has trabajado mucho hoy? ¿Que tal los aprontes para mañana?

Gurisa.— Lindo nomás... si los vieras...

Arturo.— ¿Y que te pasa que no me has dicho nada?

Gurisa.— ¡Que me va a pasar!... Estoy cansada... No tengo ganas ni de reírme...

D^a. Mariana.— Desde esta mañana embroma con que está cansada. Deja si no querés planchar más.

Gurisa.— No, ya me falta poco...

Julia.— (*Entrando con dos tazas que pone sobre la máquina*). Tomá, ché Gallego, tu café que se te va a enfriar.

Arturo.— *(Acercándose a la máquina)* Cosiendo siempre mi trabajadora. *(Se ponen a cuchichear)* *(Julia que empezó el mate les dice al pasar por su lado:)*

Julia.— Ya empezaron los secretos. *(Dando el mate a D^a. Mariana).* Sírvase mamá. ¿Y tata?

D^a. Mariana.— Se fue para adentro con sus papeles, ¡uff! que feo; toma ché, échale más azúcar... O mejor cortá la torta y llévale a tu padre y cebás el mate allá que tengo que lavar y ya acabamos esto, gracias a Dios.

Gurisa.— Que suerte mamá... por fin! Córtame un pedazo grande para mí, ¿querés?

Julia.— Tomá, toma el pedazo más grande angurrienta... y ustedes, mamarrachos, tomen, coman... ja, ja, ja! ya nos vamos... ya los dejamos en paz...

Arturo.— *(Llamándola en secreto).* Mira, cuando aquel que sabemos venga... ya que te vas a querer quedar sola, si...

Julia.— Ganso, pavote. *(Salen todos).*

ESCENA III

Elisa y Arturo

Elisa.— *(Elisa defiende sus manos de Arturo que quiere agarrárselas)*: Bueno, pero déjame quieto... no seas loco... déjame...

Arturo.— ¿Y porque no querés que te las bese?... Si son las manos más buenas y más lindas para las que todos los besos son pocos... *(Se las agarra y las besa)*.

Elisa.— Pero loco. *(Se las retira)*.

Arturo.— Mala, mezquina con lo que no es tuyo... porque tus manos son mías, ¿Sabes? Son mías y yo las adoro... Traelas... traelas. mi vida *(Le da ella una)*

Arturo.— *(Acariciándolas)*. ¡Oh! como son de blancas y de lindas y de suaves. Mas lindas que las manos de todas las reinas... que por mas blancas que sean no saben trabajar como estas... Yo adoro tus manos porque ellas me han enseñado a ser hombre y a ser bueno, y a ser dichoso. ¿Te acordás de antes. Elisa?

Elisa.— ¿Pero chiquito... estás loco?... ¿qué te pasa mi alma?... No pensés... no pensés.

Arturo.— Sí. pensemos... no sabes vos lo dulce que es recordar las penas pasadas. Lo fuerte que uno se siente al mirar desde la dicha lo que antes ha llorado, hablemos mi alma de antes, de cuando nos empezamos a querer.

Elisa.— De cuando te empecé a querer, Arturo, porque vos. al principio no me querías.

Arturo.— No reina, yo te he querido siempre desde el mismo momento en que te vi aquella mañana. ¿Te acordás? La mañana en que se mudaron ustedes a esta casa Vos pasabas entrando las macetas de las plantas y yo estaba parado en la puerta de mi pieza. Me miraste a los ojos al pasar y yo no sé que me dio... que iba a salir y me quedé en casa todo el día viéndote ir y venir y trabajar... Tan linda como una gloria, toda arremangada mostrando tus brazos blancos... A la tarde ya hablamos... ¿te acordás? Yo te ayudé a mover unas cosas y cuando vos hablabas yo cerraba los ojos para escucharte, porque tu voz me gustaba... me gustaba tanto como hasta ahora que me llega al alma...

Elisa.— Acordáte como te miré todo el día... Me parecía que tus ojos me llamaban, que me atraían a vos... Y me daba pena verte tan solo, con esa cara tan triste... y cuando me

hablaste me parecía que me habías hablado siempre, que yo te había querido toda la vida... Esa noche cuando me acosté no podía dormirme, no me podía estar quieta, me sentía alegre, liviana, ágil y, sin embargo, tenía el corazón como angustiado. Que pavos, que estúpidos los que niegan que puede quererse así. En un momento... Yo te quise así, en seguida, y enseguida me di cuenta de lo que tenía; me conocí que lo que sentía adentro era cosa nueva para mí... Yo tenía un novio, pero lo que de golpe sentí por vos no lo había sentido jamás por ningún otro.

Muchas veces me he puesto a pensar en eso y yo te juro que nunca lo he comprendido... ni antes que era una pobre muchacha ignorante, ni ahora que se todo lo grande y todo lo bello de la vida porque te sé querer.

Aruro.— Reina, reina mía. Ya lo creo que vos sos la única que sabe querer, no has sido, nunca una pobre muchacha ignorante, no... Lo que has sido es buena y confiada y franca... Has tenido la sabiduría verdadera en el alma... esa que no se aprende, que no puede enseñarla nadie porque no está escrita en ningún libro...

Elisa.— Callate mi vida... óyeme: Ahora soy yo la que quiero acordarme, la que siento como una dicha al pensar en todo eso... Dejame que te cuente... Al otro día nos vino a ver doña Braulia ¡y me habló tanto de vos!... Me dijo que

eras borracho, que eras jugador, que eras pendenciero... Que no trabajabas nunca, que nadie sabía de lo que vivías... que eras loco, anarquista y que solo sabías gritar cosas malditas de tus libros de asesino cuando estabas borracho... Que te ponían preso todos los días y que vos te reías... Que aborrecías a todo el mundo...

¡Y que cosa más rara, Arturo! Nunca te lo he dicho... Cuando me contaba eso a mí me parecía que te iba queriendo más, que te iba queriendo más a cada nueva cosa mala que iba sabiendo de vos... Después cuando te vi, hubiera querido abrazarte, decirte que yo sabía que vos eras bueno, que vos eras desgraciado... No sé por qué pero yo adivinaba, yo sabía como eras vos. Yo sabía que vos merecías que te quisieran mucho, como yo te quería... Por eso, cuando te veía mal conmigo yo no me enojaba... yo te buscaba...

Lo veían en la casa que yo te buscaba y se reían, y hablaban mal de mí... ¡Brutos!... Cuando una mujer quiere y no la quieren, debe buscar al hombre que ella quiere; cuando hay cariño de veras no hay amor propio, no hay orgullo, no se ocupa uno de las cosas que puedan decir o de lo que puedan ver... Debe ser fuerte que solo los fuertes saben querer y solo los que quieren son fuertes. Que el amor, el verdadero amor, no se ha hecho para todos. Me acuerdo de la noche en que te dije que te quería... Todavía no sé cómo lo hice, como tuve valor... Pero yo estaba loca de verte así, sin hablarme, mal conmigo, esquivándome... No hacía quince días que nos

conocíamos. ¿Te acordás? A ratos habíamos hablado... Si cuando lo pienso me parece mentira.

Arturo.— Mira. Me acuerdo... Hacía mucha luna... Era una noche de verano clara, clara y vos tenías puesto un vestido todo blanco...

Cuando llegué estabas parada al lado del pozo como si me esperases. No sé qué me preguntaste y yo entonces sentí que me salía a la boca toda la rabia que me habías hecho juntar. Te insulté, te insulté como no he insultado jamás a nadie, y entonces cuando te insultaba más, fue que vos me abrazaste, que me sentí tus brazos por el cuello y sin saber cómo, te estaba yo besando en la boca...

¿Te acordás Elisa?... Yo no puedo decirte lo que sentí entonces. De repente toda mi rabia se volvió contra mi mismo... sentí ganas de llorar y de pegarte y de besarte juntas... me sentí perro, desgraciado, desgraciado...

Elisa.— ¡Oh, yo también te sentí sufrir... sufrir mucho... cuantas cosas horribles me dijiste esa noche!

Arturo.— ¡Mi Elisa del alma! ¡Mi niña! Ahora, cuando pienso en esa noche me siento bueno para toda la vida... me siento con fuerzas para todo lo que vos quieras...

Mirá... No sé qué golpe me dio el corazón al verte en la puerta de mi cuarto, al oír lo que vos me decías... Me acordé de mi madre, de la pobrecita de mi madre que fue tan buena y tan desgraciada... y me pareció, que así como vos, esa noche había sido la falta de mi madre... Que si yo esa noche te hacía riña habría sido mas infame que si te hubiera buscado y tenido por fuerza... que el hijo que hubiera nacido de nosotros habría sido otro perro desgraciado como yo... Y te lo dije, te lo dije todo llorando como un chico y vos me consolabas como podía haberlo hecho mi madre, como si hubieras sido hermana mía... Entonces empecé a creer que se podía ser bueno, en que era cierto que había en la vida gente desinteresada, gente generosa, gente que quería y que yo con ustedes podía ser dichoso, trabajar, hacerme una vida honrada como la de tu padre que fueras vos mi mujer, que tuviéramos hijos que nos quisieran, una pieza en la que entrara el sol para darnos lujo, una mesa con el mantel muy blanco donde comiéramos de lo que yo ganara con nuestros hijos, lindos y buenos como vos y con tu cara rosada.

Y cuando te lo dije, vos la guapa de aquella noche, tenías vergüenza, mucha vergüenza, no sabias ni que decirme y te pusiste a llorar contra mi cara... ¡Oh! si los malos supieran lo feliz que es el bueno, se harían buenos, aunque fuera por maldad y egoísmo...

Ahora puedo, por fin. mi alma, quererte sin vergüenza, hacerte dichosa.

Elisa.— Si, dichosa, feliz como no puede serlo ninguna otra... que las otras son felices porque sí, sin darse cuenta de que lo son... Y yo, mi felicidad me la he hecho con mis manos, y sé lo que vale, porque he tenido que trabajar mucho para conseguirla...

Yo te quiero más como cosa mía y me siento querida como ninguna... que los otros hombres buscan las mujeres porque es su costumbre, y se casan, porque necesitan hacerlo con cualquiera ¡y son buenos y trabajan porque no saben vivir de otro modo!... ¡Pero vos!.. Vos te hiciste bueno para mí, sin que yo te lo pidiera, trabajas para mi sin que yo te lo pida, y me has dado la mas grande de todas las pruebas grandes de cariño que se puedan dar... Por eso yo te quiero, y te respeto más que si hubieras sido bueno toda la vida: porque también a vos te ha costado hacerte bueno, y sos bueno de veras porque has trabajado mucho para poder serlo.

Arturo.— Te juro que no veo la hora de hacerte mía para siempre, *(una pausa dolorosa)* Ya muy pronto ganaré lo suficiente para que no cosas más... Cada puntada que das es un insulto para mi... Las odio a esas mujeres para las que cosas porque me parece que me roban algo de cariño tuyo... algo de vos...

Elisa.— Alégrate, entonces... hoy mis manos no fueron esclavas, no se cansaron, no cosieron por obligación...

Cosieron alegres, encerrando una ilusión en cada puntada. ¡Mirá, lo que he cosido hoy es para mí... Espera que te lo traigo... ve esto *(le da el corpiño y va a la mesa a traer lo demás. Mientras entran los otros, todos, escuchando al padre que habla)*.

ESCENA IV

Elisa y Arturo, después don Mauricio, doña Mariana, la Gurisa y Julia.

D. Mauricio.— *(Entrando con sus folletos y papeles en la mano)*. Si hija, ganamos para vivir los obreros cuando somos solos o cuando toda la familia como aquí trabaja, para vivir al día, sin guardar para una enfermedad o para una muerte...

D^a. Mariana.— Pero si tan mal no estamos... Mauricio si ya sabés vos el miedo que yo le he tenido siempre a eso de las

huelgas... Bueno, en fin... *(A la Gurisa.)* Levanta todo eso, hijita. Como diez pesos nos hemos ganado hoy entre las dos...

(En el intervalo Elisa vuelve donde Arturo y le enseña la ropa y terminan hablando simultáneamente).

Julia.— Tata, como se va a poner a leer de obscuro que está, ¿quiere la lámpara?

D. Mauricio.— Bueno, hija.

(Mientras ellos hablan, la Gurisa recoge las ropas y las planchas y doña Mariana ordena la ropa en los canastos).

Arturo.— *(Que ha mirado y remirado la ropa que ella le dio, mirándola).* ¡Qué lindo, qué lindo! Como salido de tus manos... la ropa de mi mujer... Rica, rica mía... Tráela... ¡Qué lindas cintas!...

Elisa.— Mira... rosadas como a vos te gusta.... Tengo que hacerle los moños⁵... así, ¿ves? *(Hace uno).*

5 En Argentina: lazos, escarapelas. [N. e. d.]

Arturo.— Yo te ayudo, trae, yo te ayudo decime ¿cómo se hace?...

Elisa.— Así, mira... hacelo lindo... toma... (*Él lo hace*). ¡Ay, qué feo!... (*lo deshace*) Así, no, así ¿ves?...

Arturo.— ¿Así?... (*vuelve a hacerlo*).

Elisa.— Si, éste está bien... mi encanto, mi gitanito rico que hasta hacer moños sabe... Toma hace los otros vos...

Arturo.— (*Haciéndolos*). Mira, rica: en cada nudo de éstos ato un montoncito de cariño...

(Se interrumpe de pronto al grito de la Gurisa, que mientras doblaba las cosas de las planchas tuvo un acceso de tos más fuerte que los otros, y al taparse la boca con el delantal para toser lo llenó de sangre).

Gurisa.— ¡Ay, mama!... Sangre... he escupido sangre, mamá venga... (*Todos la rodean*).

D^a. Mariana.— Qué decís hija?... ¿qué decís?

Gurisa.— Que he escupido sangre mama, que estoy tísica!...

D^a. Mariana.— (*Angustiada*). No m'hija, tísica no puede ser... vos no tenés más que un resfrío.

Julia— (*Que entra con la lámpara*) ¡Qué hay! ¿qué tiene?...

Gurisa.— ¡Sangre, que he escupido sangre, que estoy tísica, que me voy a morir!

Elisa.— (*Arrastrando el sillón hasta ella*). Tomá Gurisa, sentate, si no es nada... si no es nada.

Gurisa.— No, si a mi me dolía mucho la espalda.

D^a. Mariana.— Si. m'hija... es cierto... Yo soy una hereje que no te quería creer, que te he hecho planchar todo el día por unos puercos centavos... Mi Gurisa del alma... (*La abraza llorando*).

D. Mauricio.— (*Retirándola*). No. la culpa la tengo yo, que dejo que ustedes pobres mujeres, se maten trabajando... Pero, oí Gurisa, vos te vas a curar; porque tu padre tiene un poquito de plata guardada y te va a llevar a todos los médicos, y te va a comprar todos los remedios...

Arturo.— Y nosotros también, queridita... Elisa y yo tenemos plata junta para casarnos y toda es para vos, para

que te sanes, y como hay que comprarlo todo; te compraremos con eso la salud... No llores Gurisa, no llores que vos te vas a sanar...

Julia.— *Pero*, pavita; si no es para tanto; no llores; no te aflijas.

Gurisa.— No; no me engañen... Yo no me voy a curar nunca porque los tísicos no se curan... y yo mamita no me quiero morir...

Elisa.— Callate, Gurisa... No digas disparates, no pensés en éso... Ya vas a ver como mañana no te acordás de nada... Mañana, cuando estés bailando con tu vestido rosado...

Mauricio.— Si, y con la pulserita que yo te voy a traer...

Gurisa.— No... yo ya no quiero nada, dejenme... yo no voy a ir... Yo estoy tísica... yo no voy a ir... Yo estoy tísica... yo me voy a morir...

Elisa.— (*besándola y llorando*). Callate Gurisa. No te acordés de nada. Ya vas a ver mañana que contenta estás cuando estés bailando con tu vestido rosado....

TELON LENTO

ACTO II

LA FUERTE

DECORADO

Representa la escena el patio del conventillo con el movimiento de vecinos acostumbrado. —Braseritos en las puertas; al fondo en una cuerda ropa tendida, al centro un banco grande, a la derecha puerta de la calle y a izquierda la puerta del cuarto de don Mauricio con la máquina delante y unas sillas—. Pasan vendedores, chicos y mujeres. El movimiento de gentes que entran y salen queda a idea de los artistas.

ESCENA I

Doña Petrona, doña Braulia, después don Mauricio

D^a. Braulia.— *(Entrando de la calle con los canastos de entregar ropa vacíos y un "Fray Mocho"⁶ en la mano. (A doña Petrona que estará en escena cuando se levante el telón).* Doña Petrona del alma ¡qué sorpresa! ¿Hace mucho rato que llegó?

D^a. Petrona.— Buenas tardes doña Braulia. Ya me extrañaba no haberla visto... Hace como dos horas que vinimos. ¿Y usted por donde andaba?

D^a. Braulia.— Salí esta mañana a entregar una ropa y con una vuelta y otra, fíjese la hora que se me ha venido encima... ¡Qué cosa!... Como se pasa el tiempo ¿eh? Y por allá ¿cómo los dejó? Ya ha de estar bien el enfermo cuando la tenemos de vuelta.

D^a. Petrona.— ¿Que bien?... peor cada día...

⁶ Periódico argentino que tomó su nombre del seudónimo de José S. Álvarez Escalada, escritor y periodista argentino famoso por sus retratos costumbristas y de época. [N. e. d.]

D^a. Braulia.— ¡Qué cosa!... Y no acabar de morirse de una vez el pobre. Pobrecito!... Tanto embromar para morir ¿eh? No es por desearle daño, pero se debía morir de una vez. ¿No le parece?

D^a. Petrona.— Pero no diga eso, mujer.

D^a. Braulia.— Porque no voy a decir lo que pienso, hija... Usted no tiene porque resentirse de lo que es una franqueza nomás... Igual diría de uno de mi familia que se enfermase así, aunque fuera mi hija. Por Dios, le juro. (*Besa la cruz*). Que desearía en el alma que se muriera de una vez. ¿Para que estar ahí penando el cuete?

D. Mauricio.— (*Que pasa de largo para, su pieza*). Buenas tardes.

D^a. Petrona.— Buenas tardes.

D^a. Braulia.— Buenas tardes, compadre, ¿qué tal la Gurisa?

D. Mauricio.— Igual, señora, igual... Hasta luego. (*Entra a su cuarto*).

D^a. Braulia.— *(Haciéndoles los cuernos por detrás)* Ahí va ese viejo brujo, viejo odioso, ni es capaz siquiera de hacerle una atención a uno... Mas *espático*... ahí los tiene, más pobres que las ratas, con la muchacha por cantar para el carnero y todavía les dura el entonamiento...

D^a. Petrona.— Cállese, doña Braulia, pobrecita la chica tan buenita que era. ¡Qué cosa mi Dios! ¿Y no se mejora con los aires de la sierra?

D^a. Braulia.— Qué sierra ni que serrucho!... Hace como un mes que están de vuelta y más arruinada y más ética cada día.

D^a. Petrona.— Como yo no los he visto en toda la tarde creía...

D^a. Braulia.— Y que los va a ver... Si siguen con la misma costumbre de encerrarse y de tratar a los vecinos como si ellos nomás fueran gente. Lo que es... No hay sobrenombre más lindo que el que yo les he puesto: Los de Anchorena... Ya ve que hasta a usted la tienen a menos, que nunca han querido tener relación con usted.

D^a. Petrona.— No, ¡qué esperanza! No es por eso. Ellos son gente así, callada, seria. Yo tampoco tengo relación con los vecinos y no es porque tenga a menos a nadie. Esta

noche voy, a ir a acompañarlos un ratito. Los que trabajamos mucho, solamente en esos casos nos podemos visitar.

D^a. Braulia.— Cállese, hombre, si usted supiera lo que me hizo esa compadrona de Elisa. ¡Si usted supiera! ¡También todas las cosas que yo le dije!.... ¿Y usted se cree que se animó a contestarme ni a insultarme ella? Tan tranquila como si le estuviera diciendo buena moza, me salió con que no escandalizara porque ella... la gran cosa, no tenía ganas de oír disparates... y que si no me iba pronto me iba a tener que hacer sacar con el chafe... ¿Se da cuenta doña Petrona? ¿Se da cuenta del tupé que tiene esa gata de los tapiales? El día que me echó la perra esa... ¡Qué día doña Petrona!... Para agachar el copete⁷ ella y contarme que no tenían que comer. Ella y la Julia sólitás, y los otros presos.

D^a. Petrona.— Pero ¿qué dice de presos?... ¿qué les ha pasado?... Porque ellos parecían que estaban bien, que tenían plata... Ya ve, llevaron la chica a Córdoba...

D^a. Braulia.— ¡A Córdoba!... ¿Y cómo?... Sin plata segura... Aunque, algo debían tener ellos guardado. Pero después vino la huelga... usted ha debido oír decir ¿no?

D^a. Petrona.— Si, me parece que algo oí...

⁷ En argentina; Copete: Altanería, orgullo, soberbia, ínfula [N. e. d.]

D^a. Braulia.— Bueno, esa porquería de asesino anarquista del Arturo, fue el “promovedor” creo que eso me dijeron, y el viejo no se cuanto bolazo dijo en los *mitingues*. y resulta que me los metieron presos a los dos y me los dejaron sin trabajo. ¡Bien hecho! Al viejo ya lo han largado, pero al Arturo todavía lo tienen, creo, y no sé que de ley de Residencia que le van a aplicar... Esa ley tan buena que hace salir del país a todos los extranjeros, muertos de hambre que vienen a bochinchar a tierra ajena.

D^a. Petrona.— Pero ¿no es argentino Arturo?

D^a. Braulia.— ¡Que va a ser argentino! ¡Salga de ahí! gallego, más gallego que su marido... Solamente que no se le conoce porque ha vivido siempre aquí, comiendo de nosotros, los argentinos —toma esta— Pero bien hecho, que ahora me lo mandan a su tierra con sus ideas... No he visto una ley más a mi gusto que esa. Fíjese que cosa, ¿eh? en todos los diarios ha salido el retrato de Arturo, como si fuera un gran personaje, esa porquería... En el *Caras y Caretas*, en el *P B T*, en el *Film*, ese libro más grande de los biógrafos... Hoy me contaron todo eso en lo de mi comadre María, y me dieron este *Fray Mocho* que creo que salió hoy con una cosa que se llama "apuertaje" que le hace siempre a las grandes personas... Me parece que era así... del Arturo... fíjese y con el retrato y todo... Mírelo (*abre el Fray Mocho y busca*) Aquí está ¿ve? Yo no se leer, pero por la figura...

D^a. Petrona.— *(Tomando el Fray Mocho)*: ¡Ay!... sí está igualito... Pobre mozo... tan lindo, tan simpático, tan trabajador. ¿Y este que está con él?... ¿quién será?

D^a. Braulia.— ¿Este?... ¿Este lechuzón de los anteojos negros?... Me parece que me dijo la Juanita que es el macaneador que ha escrito todos esos bolazos. Aquí abajo firma. Una cosa como Suiza... no. Sucia Rey... eso es... Sucia Rey... parecido.

D^a. Petrona.— ¿A ver? *(Deletrea')* So—i—z Re—i—lly... Soiza Reilly, dice Soiza Reilly... *(Mientras dos muchachas que llegan hacen señas a doña Petrona y la esperan hasta que se separa de doña Braulio y entran juntas)*.

D^a. Braulia.— ¡Ajá!... así me parece que me dijeron. Eso mismo... Un macaneador. Ha ele ser otro que tal que el Arturo, nomás... Así lo hacen poner orgulloso metiéndolo en los diarios como si fuera gente. Y es que esos otros son anarquistas también y se aprovechan de cualquier cosa para hacerlo quedar mal al gobierno. Yo me alegro de que lo echen, para que voy a decir otra cosa, acá la nombra a la Elisa también... Tráigalo que lo necesito *(Le agarra el Fray Mocho)*.

D^a. Petrona.— (*Dándoselo*) ¡Pobre muchacha, la Elisa! Cómo estará de pena, cómo habrá sufrido... tanto que lo quiere.

D^a. Braulia.— ¡Que quiere que sufra esa oveja si tiene más agallas que dorao viejo! Fíjese, que cuando cayeron presos los otros, que ya no ganaban y se habían quedado de aquí (*Se hace una cruz delante de la boca*) con lo de la huelga, se pensó que ella, con los mamarrachos que cose las iba a poder sostener a las otras allá y todavía llevarles a estos yerba y cigarros a la cárcel porque eso hacía. Se marchaba a verlos, sola como una sargenta que es, y cargada de porquerías... Ahí me la tenía que ni sé que horas guardaba para dormir, dele coser y coser... Cuando yo me iba a la cama me la dejaba reventando de calor abajo de la lámpara y cuando me levantaba ya la tenía triquitraque con la máquina; y ni pálida se había puesto, conversando y riéndose como si nada le pasara... ¡Cuando le digo que es una oveja!... Una de esas mañanas fue que el doctor le mandó una carta conmigo. Yo ni sabía lo que le decía en la carta, ni para lo que era.

Me había contado ella el día anterior que le había mandado plata a la vieja, que había tenido que pagar no se qué de los presos y que no tenía ni con que comer hasta que entregara costura... No fue de franqueza que me lo dijo ¿eh? Fue para disculparse de que no me pagaba la casa hacia dos meses, y esa mañana había ido yo con los recibos...

Yo sin saber que quería ocultar le conté todo al doctor... No va a creer usted, que el pobre me pagó los meses de casa y le mandó una carta... En vez de agradecer el favor me echó la sinvergüenza, como si yo fuera una como ella, y no una señora seria como soy.

D^a. Petrona.— Pero quien sabe que le diría el doctor. Son tan atrevidos los hombres con las mujeres pobres y solas...

D^a. Braulia.— ¿Y que quiere que le dijera? Que la quería... y bien enterada estaba ella de que ese doctor la quería. Todas las locas tienen suerte; pero esta ni esa suerte ha sabido aprovechar. Si fuera por honrada... pero ya ve como era con el Arturo... Qué Dios me libre de malos pensamientos... (Se *persigna*) pero para mí que esos no andaban en cosa buena...

D^a. Petrona.— Pero era el novio... y se querían con locura: eso es lo que no se puede negar... todos lo veíamos...

D^a. Braulia.— Sí, que no, todos los veíamos... cansada estoy yo de verlos besarse y rebesarse en el pozo, en el patio, en las piezas: en la cocina, en el zaguán... La niña decente que se asusta de que el doctor la quiera...

D^a. Petrona.— No sería que se asusta... Sino que ella no lo quiere.

D^a. Braulia.— ¡Como para pensar en cariños estaba!... Eso del cariño se deja para las ricas. Fíjase que esa misma tarde del día que me echó tuvo que vender una punta de cosas para mandarle a las otras que se vinieran y para darse el corte de humillarlo al doctor mandándome los meses que él me había pagado para que se los devolviera. ¡Qué copete de mujer! ¿eh?... También me he reído más de la venta de las ¡cosas... Como mudanza, doña Petrona, como mudanza. De lo que más me alegré fue de la máquina de las planchas... ¡tanto que me achataban a mí que no tengo!... Fíjese lo que será que vendió todos los muebles, pero anda con todas las porquerías de turcos, con los brillantones que tiene colgando para darse corte. Y si le digo que ahora... *(En este momento aparece Julia en la puerta del Cuarto para ir a la cocina y doña Braulia se interrumpe)*. Mire, ahí va la Julia. Atienda que la voy a llamar y va a ver las lindas noticias que le doy.

D^a. Petrona.— No, no. Converse con ella sola que yo me voy, tengo que hacer y me esperan las chicas. *(Se retira)*.

Julia.— *(A Petrona)* ¿Ya de vuelta? ¿Como le ha ido? Y el enfermo ¿cómo quedó?

D^a. Petrona.— Igual nomás, hijita.

D^a. Braulia.— Ché Julia, veni m'hija que te quiero decir una cosa, un encargo que tengo para vos.

Julia.— *(Qué querrá?)*

D^a. Braulia.— Veni pronto, ché, apúrate.

Julia.— Voy... Hasta luego, doña Petrona.

D^a. Petrona.— Hasta luego, hijita. Esta noche voy a ir a acompañarlas un ratito.

Julia.— Con mucho gusto, la esperamos. *(A doña Braulia)*:
¿Qué desea doña Braulia?

ESCENA II

Doña Braulia y Julia

D^a. Braulia.— Quería hablarte muchacha, aunque ustedes no quieren conversarme yo no les tengo rencor, ya sabes vos como las he querido siempre.

Julia.— Sí, como no, ya se... que no la vamos a querer conversar... Es que...

D^a. Braulia.— No, ché. No te disculpes; que para estas cosas no hay disculpa que valga. Tengo un encargo para ustedes de la señora de González y de las de Robledo. Quien sabe quién les ha ido con el cuento de que está tísica la Gurisa. Ya sabes lo que es la gente. Y me encargaron que te dijera que no les van a dar mas la ropa. Que, que pensarían ustedes de tomar planchado ajeno teniendo una tísica en la casa, cuando los trapos llevan tanto los contagios... Y me lo dieron el planchado a mi. Yo no se lo quería tomar sabiendo que es la única cosa que les quedaba a ustedes. Pero después de todo igual se lo iban a quitar.

Julia.— (*disimula la impresión*) No, no es nada, hizo bien en tomarlo...

D^a. Braulia.— Pero. che. Con tanta cosa hace como una hora que llegué y no he entrado todavía a mi pieza. Toma (*Le da el Fray Mocho*) ahí vas a encontrar una noticia para ustedes...

Julia.— (*Tomándolo extrañada*): ¿Para nosotros?

D^a. Braulia.— Sí, para ustedes... Busca... Hasta luego, luego me lo devolvés... *(Se va para dentro y Julia hojea el Fray Mocho, encuentra y lee).*

D^a. Braulia.— *(Para sí)* «¡Já. já, já! Toma, aprende a compadrear. ¡Já, já, já! Me la dejé achatadita; achatadita como pulga reventada con el pie... ¡já. já, já! ¡la compadrona, la compadrona!»

(Queda Julia sola leyendo tan emocionada que solo atina a sentarse en el banco sin poder ni hablar. Al rato vuelve a salir Braulia con el cigarro en la boca y uno de los canastos para recoger la ropa tendida. Mientras la descuelga mirando de reojo a Julia monologa): ¡Me había olvidado de la ropa que tendí esta mañana, que cabeza que tengo mi Dios santísimo!... *(Cuando tiene el cesto lleno se viene para la pieza hablando siempre y mirando de reojo a Julia).* ¡Que mujeres estas, Dios mío!... ¡que copete⁸!... Ni tata Dios se los agacha. *(Leyendo tan fresca. No ha sido capaz de llorar, ni de gritar, ni de desmayarse siquiera... ¡son como unos animales!... (aparece Elisa en la puerta de la pieza. Braulia al verla dice):* Al diablo, ¡la Elisa!... *(y sale disparada para la pieza).*

⁸ En Argentina, altivez, altanería. [N. e. d.]

ESCENA III

Elisa y Julia, después Arturo

Mientras Julia y Elisa hablan Braulia espía varias veces y después pasa con una cacerola para la cocina. (Elisa al pasar de largo y apurada para el cuarto la ve a Julia sentada. Pone el paquete sobre la máquina.)

Elisa.— ¡Oh! ¿Que haces ahí?

Julia.— *(Levantándose de pronto y escondiendo el Fray Mocho)* Nada, nada, no hago nada.

Elisa.— No, vos tenés algo, algo te pasa... ¡Cómo estás de pálida!... Estás llorando... *(Deja el paquete sobre el banco)* Tenés llenos de lágrimas los ojos... *(La agarra por los brazos).* ¿Qué te pasa?... ¿Qué tenés?

Julia.— *(Deshaciéndose)*. Déjame... sos loca... No sé porque voy a llorar yo. ¿Que querés que me pase? ¿Que querés que tenga? No me pasa nada, no tengo nada.

Elisa.— ¿Y entonces porque estás ahí? ¿Por qué tenés esa cara de muerta?... Vení vamos para dentro... *(Hace ademán de irse y Julia la detiene)*

Julia.— No, no vas... espérate, te quiero decir una cosa...

Elisa.— ¿Una cosa? ¿Qué hay? Cuando decía yo que vos tenías algo, que algo te pasaba... ¿Qué hay? ¿Cómo está la Gurisa?...

Julia.— No, la Gurisa no... Es otra cosa... otra cosa peor todavía para vos Elisa, para vos que sos tan buena... Para vos que no te mereces esto *(La abraza echándose a llorar)*.

Elisa.— *(Sentándose y sentándola en el banco)*. Pero no llores, no ha de ser para tanto... decime que es... Que no te vea yo llorando así, que con llorar no se saca nada. ¿Qué es lo que hay?

Julia.— *(Llorando siempre)* Es que doña Braulia, me dio, me dijo...

Elisa.— ¿Que te dió, que te dijo?

Julia.— Mira, me dijo, que las de González y las de Robledo no nos dan más la ropa... que la Gurisa está tísica, que los trapos pueden llevar el contagio.

Elisa.— ¿Y nada más que por eso estás así... nada más que por eso?...

Julia.— No... por otras cosas que yo pienso... oh... ahora, ya ni planchando las voy a poder ayudar... yo que nunca he servido para nada en la casa y que ahora que necesitamos más, que por más voluntad que tenga, tampoco podré ayudarlos...

Elisa.— ¿Para qué te pones a pensar en esas locuras? ¿Para qué? ¿Que no has ayudado nunca? Ya lo creo que nos has ayudado, has sido la sirvienta de todos; y si no hubiera sido por eso no habríamos podido hacer nada nosotros. No seas estúpida, no pensés disparates. ¿A qué le llamas vos trabajar entonces?

Julia.— (*Lloriqueando siempre*) No. no, nada... nada... no es eso...

Elisa.— Pero entonces decime, ¿estás loca? ¿Qué novedad es esta de los llantos? Ni que se hubiera muerto alguno.

Parece que estás anunciando mas desgracias todavía...
Pónete aquí, a llorar como una idiota.

Julia.— No... También no puedo aguantar más, y verla a la Gurisa así penando de ese modo. Me dan ganas de ponerme a gritar cuando la miro...

Elisa.— Y yo también la veo y sufro más que vos todavía, pero con llorar no se hace nada. Cuando las penas vienen, vienen en racimos como las uvas, nunca viene una pena sola, y hay que aguantarlas a todas que no somos los primeros ni vamos a ser los últimos que pasen por esto, que es cosa del mundo el sufrir. No hay que meterse en un rincón a llorar. A las penas hay que hacerles frente; que pelear con ellas para que no la maten a una, hay que tener coraje, hay que aguantar... Las lágrimas se dejan para llorarlas cuando uno tiene una alegría tan grande que lo ahoga, que le rebosa del alma... A la desgracia no se le da el gusto de doblarse. Se aprietan los dientes y se le muestran los puños. A ver, decime... ¿qué es lo que has pensado vos?... Pero guapa, sin llorar alzando esa cabeza.

Julia.— Nada... nada. Que ya que no sirvo para otra cosa, y que no podemos estar atentos todos a lo que vos coses...

Elisa.— Callate. Oime. Atenidos a lo que yo cosa no pueden estar más, porque yo ya no tengo más costura.

Julia.— ¿Qué?... ¿Qué decís?... ¿Por qué?...

Elisa.— Que no tengo más costura por lo mismo que ustedes no tienen mas planchado... por la Gurisa (*Riendo*). La patrona dice que si supieran sería un descrédito para el taller, que ya se han quejado.

Julia.— (*Sin poderse contener llora más fuerte*). Canallas, sinvergüenzas, entrañas de perro... ¡peores que perros son todos!...

Elisa.— (*Riendo siempre*) No digas disparates, ché, pobres los perros... Ellos no serían capaces de hacernos esto.

Julia.— Tenés razón... Animales de Dios... Que no hay en el mundo animales más malos que los hombres. (*Llorando más*) ¿Qué vamos a hacer ahora? Nos vamos a morir todos juntos amontonados... Yo no sé cómo vos no lloras... vos sos de palo...

Elisa.— Pero si yo me pusiera como vos, decime... Entonces si que nos íbamos a morir todos de hambre... ¿Que no había trabajo en el taller?... Ni los iba a insultar ni me iba a poner a rogarlos tampoco. Te juro que no me conocieron

la desesperación que me dio... He "pateao" por esas calles hasta que he encontrado trabajo. Ya ves, No es un trabajo seguro ni bien pagao, ni nada... pero algo es algo... mira, camisas de hombre.

Julia.— Pero si vos no sabés hacer camisas de hombre.

Elisa.— Yo se hacer todo lo que se pueda hacer... aprenderé. Las dan cortadas y es muy fácil...

Julia.— En fin, tenés razón, ¿para que llorar? Pero mejor es lo que yo he pensado...

Elisa.— Y que es lo que has pensado vos? Deci...

Julia.— *(Ya serena)* Mira, he pensado que yo, ya que no se hacer otra cosa, ya que solo sirvo para el trabajo de la casa, podía conchavarme...

Elisa.— Ves? Así me gusta que seas guapa, que no te abandones a llorar. Yo había pensado eso ayer, pero me daba lástima decírtelo.

Julia.— También hace días que yo lo vengo pensando. Con lo que yo ganara pagaríamos la pieza, y con tu costura podían vivir...

Elisa.— No nos queda otro remedio, querida... lo vas a tener que hacer sin afligirte, con eso va a estar todo arreglado... Después de todo, no es tan feo servir... puedes dar con una patrona buena, y hasta que nos levantemos un poco.

Julia.— No, que feo va a ser hasta cuando vos quieras, no me aflijo no, no soy tan pava...

Elisa.— ¿Lo ves como no tenías motivo para llorar tanto?... ¿Qué has sacado con el llanto? ¿Qué has sacado?... Si uno piensa las cosas sin desesperarse, ve que todo tiene arreglo en esta vida, que todo tiene arreglo... ¿Ves? en cuanto te callaste hallamos el arreglo y bien bueno... Ya nos vendrán otros días tranquilos y esto nos hará ser más dichosos después, cuando pensemos...

Julia.— *(Sin llorar, la mira casi sonriente)*. Sí, tenés razón... a tu lado no hay modo de afligirse mucho... tengo que aprender de vos, y tener fuerza para soportar las penas. Ahora ya estoy tranquila ¿ves? ¡Ya no lloro!

Elisa.— *(Levantándose)* Bueno, eso es lo que debes hacer... Anda a la cocina un ratito y lávate la cara para que no te vean adentro así. Yo me voy a verla a la Gurisa. *(Se aleja pero Julia se levanta también y la detiene)*.

Julia.— No, no te vas... te quiero decir otra cosa (*Se angustia otra vez*)

Elisa.— (*Volviéndosé*) ¿Qué?... ¿Qué me tenés que decir?... A ver decí.

Julia.— No, Elisa no... Me da lástima de vos, y de pensar en lo que tengo que decirte... Pobrecita Elisa, vos tan buena, tan digna de ser más dichosa de lo que sos...

Elisa.— Pero ¿qué hay? ¿Que es lo que me tenés que decir? Decímelo de una vez no me tengas así. (*En éste momento aparece Arturo en el zaguán con dos hombres, y se queda mirándolas inmóvil.*)

Julia.— Es que doña Braulia me dio... me dijo que Arturo (*Llora más*)

Elisa.— (*Acariciándola*) Milagro no iba a ser esa bruja la que viniera con el cuento... esa bruja vieja... Te ha dicho que lo echan a Arturo ¿no? (*Julia siempre lloriqueando afirma con la cabeza que sí*). Yo que se los venía ocultando tan bien....

Julia.— ¿Pero vos sabias?

Elisa.— ¿Y como no querés que lo sepa yo? ¿Cómo no querés que yo lo sepa? Hace tiempo ya que nos lo pensábamos que le iban a hacer esto. Pero yo no lo esperaba tan pronto... Se va mañana (*pausa*). Y mira como lo he sabido... Hoy cuando tomé el tranvía para ir a entregar la costura, un hombre al lado mío tenía el “Fray Mocho”, y al mirar, sin pensar, me veo el retrato de Arturo... Entonces me fijé... y bien que mal lo leí todo...

Julia.— ¿Y qué dijiste?

Elisa.— (*Separándose y encogiéndose de hombros*). ¡Nada! ¿Qué iba a decir?... Nada. A mí ya no me queda nada que decir. Anda para la cocina a lavarte la cara y venite adentro enseguida... y me haces el favor de ocultar esto hasta después, que no lo sepa ninguno ¿entendés? Ninguno de casa... (*Al volverse ella para entrar lo ven a Arturo de pie en la puerta del zaguán*)

Elisa.— ¡Mi rey!... (*Corre y se abrazan y quedan un rato así tan emocionados que no pueden ni hablar. Julia tampoco puede moverse del asombro. Pasa un rato y entonces se acerca a él y le pone la mano en el hombro. Él se vuelve y sin soltar con un brazo a Elisa que durante toda la escena está apretada contra él, habla con Julia*):

Julia.— Pero, ¿cómo? te has escapado?

Arturo.— No, no....

Julia.— Entonces, como, ¿cómo viniste?

Arturo.— (*Pasándose la mano por la frente como extraviado*): No sé, no se todavía, déjame que pueda decirles... Vengo por mis cosas y a despedirme de ustedes... me voy mañana... me han dado permiso... traigo guardias... pero he venido.

Julia.— ¿Cómo han podido darte permiso? No puede ser, es imposible...

Arturo.— (*Más sereno*) Ya ves que no es imposible porque estoy aquí. Nada es imposible en la vida, hija, más que el ser dichoso.

Elisa.— Sí, rey... pero ¿cómo han podido darte permiso? ¿O es que yo estoy soñando?

Arturo.— No, no soñas, mi alma... También a mí me parece mentira, pero es así... Se los pedí, se los rogué. Ellos te habrían visto a vos aquella mañana que los hablaste ¿te acordás? Han pensado en vos y te han tenido lástima... Al fin y al cabo son hombres, tienen alma también, y yo no soy ningún asesino...

Julia.— Pero ¿no han tenido miedo de que te escapes? Mira (*Señala la puerta de la que los otros han desaparecido*) Te han dejado solo...

Arturo.— ¡Oh!... bien saben ellos que aunque hubiera venido solo, volvería... Han sido buenos conmigo... y además un anarquista, un sectario, cumple siempre su palabra (*pausa*).

Julia.— ¿Te vas a quedar mucho rato? ¿quieres entrar?... Voy a avisarles antes, que no se asuste la Gurisa...

Elisa.— No, no vas... Ya te he dicho que es mejor que nada sepan, que no lo vean...

Arturo.— No me puedo quedar más que un ratito... Vengo a llevar mis cosas...

Elisa.— (*Sin soltarse de él se vuelve a Julia.*) Anda a aprontárselas vos Juliá ¿quierés? En el cuarto de él está el baúl que trajeron ellos. La ropa toda está limpia. Ponele sábanas, ponele toallas... hasta hilo y aguja ponele, mira que va a estar solo, que no va a tener quien le cuide las cosas. Ponele todos los libros que están en la mesita. Anda, anda, ligero... no te olvides de nada.

ESCENA IV

Arturo y Elisa, después Julia

(Julia va todavía sin darse cuenta de lo que pasa asombrada. Quedan ellos abrazados en medio de la escena y se vienen lentamente sin decir nada, abrazados siempre hasta el banco donde se sientan y él apoya la cabeza en el hombro de ella quedándose un rato así. Es necesario que los actores sientan mucho esta escena para darle en gestos la vida y la realidad que no puede dársele con la pluma. Elisa debe demostrar durante toda ella que se domina que quiere parecer serena... debe sentir y comprender toda la psicología de la mujer fuerte de la heroína de la vida humilde que la autora quiere pintar en ella, en gestos maternales con él, consolarlo muy dulce, muy buena. En el momento que lo despide y que va él hacia la puerta, el dolor que siente dominarle la carne al separarse, al verlo irse y el grito desesperado que sin querer se le escapa y el decaimiento, enorme de la voluntad que la hace querer que la bese otra vez, que la lleve entera en el beso. No llora siquiera, no se angustia para el llanto ni una sola vez. Su desesperación es muda, horrible, toda en los gestos. Durante la escena de ellos

solos Julia debe pasar por el patio varias veces con altos de ropa, con libros con un cofrecito costurero, irse las visitas de doña Petrona y juntarse ésta a Julia, en sus gestos verse que ésta se asombra de ver a Arturo y que Julia se lo explica, pidiéndole silencio con los de dentro y van juntas para el cuarto de Arturo. Los guardias demuestran por señas que no quieren darle el dolor de ver la despedida y salen para la calle asomándose varias veces para ver si aun está allí, y aunque ha cesado el movimiento del patio, siempre pasa alguien. Doña Braulia que viene con algo para su cuarto da una espantada al verlo y no aparece más. Al final de la escena Julia y doña Petrona sacan el baúl y un guarda entra hasta el patio y al lado del zaguán hace grupo con ellas. Julia le habla y entonces él alza la cabeza.

(Elisa acariciando la cabeza de Arturo que se ha quedado sin hablar todo refugiado en brazos de ella.)

Elisa.— No te pongas así chiquito... se guapito, tené valor, ¿no estás contento de haber podido venir a verme?

Arturo.— ¡Si tengo valor querida, si comprendo que debo ser fuerte... pero dejame así un ratito, dejame así... tal vez sea la última vez que estemos juntos que pueda sentirte tan mujer mía...

Elisa.— ¿Por qué la última vez? ¿Me vas a dejar de querer?

Arturo.— (*Alzando la cabeza*). No finjas, Elisa, no me digas eso que sabes que es mentira... no me quieras hacer creer que estás serena porque yo conozco todo lo que sufrís, y yo se todo lo que se rompe el alma cuando uno quiere ocultar el sufrimiento.

Elisa.— No te pongas así, cállate. Si no finjo, si estoy tranquila, te lo juro. Vos sos un chiquillo, vos te obcecas, lo ves todo horrible siempre. No solo aquí hay trabajo, lo hay en todas partes y en todas partes se puede ser bueno.

Arturo.— No, Elisa, no... Para mi ya no hay trabajo, ya no hay paz para mi en ningún lado... Seré todavía más perro que antes, porque seré un perro vagabundo de todas partes, me perseguirán como si estuviera sarnoso. Vos no sabés lo que es un anarquista, un anarquista al que se echa a rodar por la tierra, con la marca de enemigo de todo que es la sentencia del pobre judío errante, condenado a rodar siempre perseguido de todos lados porque le temen porque saben que tiene el cerebro enfermo de razón, de inteligencia, de rebeldía, que es la enfermedad que más se pega... la que nunca se cura. ¿Vos te crees que eso no es un crimen, Elisa? querer libertar esclavos, querer que no haya llagas, que no haya angustias, que no tengan que venderse las mujeres por

un pedazo de pan. ¿Vos crees que no es un crimen decirles a los hombres, a esos pobres hombres esclavos de la vida...? Vosotros no sois máquinas vivientes, que sois hombres... hombres libres que nacéis y morís como nacen y mueren todos los hombres... Trabajad, pero sed libres... Sed conscientes de lo que sois, conscientes de lo que hacéis, y no os olvidéis nunca de que sois hombres, de que sois muchos, de que tenéis todos los derechos de la tierra porque no tenéis la culpa de haber nacido en ella...

Elisa.— Callate, Arturo, callate... que hablas como si estuvierais loco, ¿qué tenés?...

Arturo.— Oh, yo no se como explicarme lo que tengo... pero todas estas ideas aquí me duelen, me duelen con un dolor sordo, horrible... Estoy enfermo, muy enfermo Elisa... Tengo el cerebro dolorido, dolorido... ¡Tener inteligencia!... ¡saber comprender! Esa es la más horrible de todas las enfermedades... Sí, la inteligencia duele, duele mucho, quema como una llaga.

Elisa.— Basta Arturo, basta... No te pongas así que me hacés daño... que me vas a hacer llorar...

Arturo.— ¡Llorar!... Llorar mujer... que más me enloquece el verte así... El pensar que tengo que echarme a rodar por ahí, dejándote con toda esta carga de miseria encima... yo

que había soñado para vos todo lo grande, toda la dicha que se puede dar a una mujer para dártela. (Pausa dolorosa).

¿Es delito en un hombre que es fuerte, en un hombre que trabaja hasta matarse, el querer su mujer para el solo, el no querer que sea esclava de nadie? No tiene el infeliz derecho a eso... Ya lo ves. Eso era lo que yo quise, y ahora en vez de eso tengo que dejarte sola con toda esta carga de la miseria sobre tu pobre espalda de mujer. Con la maldición de tu cara de muñeca... Irme por ahí a buscar donde el destino quiera darme un refugio.

Elisa.— No digas eso Arturo. Después de todo, no te mandan a un país extraño, te mandan a tu país...

Arturo.— ¡A mi país!... A mi país!... Me echan de aquí, de esta tierra para mandarme a mi país... Eso si que es lo injusto, que es lo horrible. Yo quiero a España, se que es mi patria porque nací allí, yo no reniego de eso, pero, se justa Elisa... ¿A vos te parece que puede ser ese mi país?... El país de donde echaron a mi pobre madre conmigo en brazos... de donde me echaron antes de que supiera hablar, del que no se nada más que una historia de pena y de muchas lágrimas y de muchos sufrimientos.

¿Te parece que puede ser ese mi país? Mi país es este... este que buscó mi madre para patria mía, este donde malo

o bueno me crié, donde sufrí, donde fui dichoso, donde estás vos. Este, este es mi país y de él me echan. Pero no quiero quejarme porque ese es mi destino. Ya lo ves... de allá, cuando todavía no sabía ni reírle a mi madre me echaron por el solo delito de haber nacido, y es tanta mi culpa de vivir como esta culpa mía por la que de aquí me echan... Esta culpa de ser hijo de la injusticia, pero hijo fuerte, que se revela al yugo... de tenerlo en mi carne desde que se formó, de haber visto muchas, muchas cosas horribles en la vida... de sentirlo y comprenderlo todo y ser tan hombre que no puedo resignarme... De no querer ser esclavo, de tener lástima de los que lo son, de que la verdad que siento en mí se me suba a la boca en palabras tan llenas de verdad, tan llenas de fe, tan amplias, tan hermosas que tengan que hacerse nervio en la carne del que me las oiga. Y que tendré que decirlo y que gritarlo siempre y en todas partes donde vea lo mismo... y todos los que me oigan tendrán que revelarse como yo.

Elisa.— (Cállate, cállate Arturo. No digas disparates: bueno, si querés serlo, lo vas a ser siempre... Vos sos inteligente, vos sabes de todo, vas a poder vivir bien, vas a poder trabajar.

Arturo.— ¡Trabajar!... ¡ser bueno! Me dan ganas de reírme, si de reírme, Elisa. No te has dado cuenta todavía de que yo soy la semilla de rebeldía, el loco peligroso, al que se echa porque es el enemigo de todo, porque va contra todo:

porque hay que ponerse en guardia contra él. Y no sabes que eso es decirle a un hombre bueno, lleno de nobleza, de piedad para todo, de una rebeldía que si es cruel es porque está hecha de amor a todo lo dolorido. No sabes que eso es decirle, anda a rodar... todos te temerán de todas partes, te echarán. No podrás trabajar aun que quieras hacerlo... tendrás para hallar refugio en un rincón; que cambiarte hasta el nombre como si fueras asesino, y cuando sepan el tuyo te dirán. Anda, anda... pobre Ashaverus⁹, si tienes hambre roba, mata... vuélvete ahora de veras enemigo de todo. Y le habrán echado tanta amargura, tanta semilla de rencor y de odio en el alma que conseguirán hacerlo de verdad. Y eso, a mi, por mi, no me importaría... Me importa por vos que así te pierdo para siempre...

Elisa.— *(Retorciéndose las manos desesperada en una espantosa indecisión llena de angustia)* ¡Ay! yo tengo miedo de dejarte ir solo así y no puedo, no puedo irme con vos Como voy a dejar a mi pobre gente sola. Pero te hago tanta falta. ¡Oh!, si yo me fuese ahora no le tendríamos miedo a nada, seríamos dos a luchar, trabajaría yo también, nos haríamos allá nuestra felicidad.

⁹ Uno de los nombres que se le han atribuido al judío errante. [N. e. d.]

Arturo.— Si Elisa, si. Venite conmigo Elisa, no me dejes solo. Vos sos lo único que yo tengo en la vida, vos me habías prometido venirte... (*Llora.*)

Elisa.— (*Tras un minuto de horrible indecisión*). No puedo, es inútil. No puedo dejar a mi pobre gente sola. A la pobrecita de la Gurisa. ¿Como me voy a ir estando así la chiquilina y no teniendo ellos más que mis manos? A vos te hago falta Arturo, mucha falta pero a ellos, a ellos no sabés vos toda la falta que les hago. (*Él apoya su cabeza en el hombro de Elisa llorando. Pausa*). Yo creía que cuando llegara esto iba ya a estar sana la Gurisa. Pero así es inútil, no puedo dejarlos así, no puedo.

Arturo.— Si, quédate, quédate, tenés razón, quédate.

Elisa.— (*Sacándose los aros, anillo y cadeneta con medalla*). Si, chiquito, me quedo, aunque tenía tan seguro el irme. Esto no había querido venderlo. Lo guardaba para tener para el viaje. Pero, Pero tómalos vos, tómalos, vos me los habías regalado, véndelos vos, te darán poco, pero para vivir los primeros días que llegues, tómalos. (*Él sin hablar, con un movimiento de horrar instintivo los rechaza*).

Elisa.— Si, tómalos. No has dicho muchas veces que todo lo que teníamos era de los dos. Tómalos. ¿No soy mucho más que si fuera tu mujer? (*Mientras habla esto le mete todo en*

el bolsillo y recuesta otra vez la cabeza de él en su hombro y acariciándole la frente y el cabello sigue hablándole). Oíme tranquilo, quietito así... Ándate sin sufrir, sé razonable, sé buenito... sácate todas esas ideas de libros de la cabeza que mira todo el daño que te han hecho. Esas ideas son maldiciones para el trabajador que lo ve que es y por más que haga no puede librarse. Es verdad, es verdad lo que decís, pero es una verdad tan triste que más vale que no la sepan. Después ¡cuando se sane, o seamos francos, cuando se muera la pobrecita chica, que muy poco muy poco nos va a durar: cuando vuelvan a estar todos tranquilas, cuando mi tata vuelva a poder ganar... yo entonces me voy donde estés vos, y una vez juntos verás como volvés a tener confianza en todo; como somos todavía más felices que antes. *(Él alza la cabeza ya casi tranquilo mirándola como con creencia de que sea verdad lo que la fuerte le dice. Elisa sigue)*. ¿Ves, ves, como tengo razón? Ves que es un disparate el desesperarse. Ya estás tranquilizándote. Mira; ni seis meses tal vez estaremos separados Y allá cuando nos juntemos, por mas pobres, por más desgraciados que seamos, podremos reírnos de todo, porque estaremos juntos. ¿Ves como tengo razón? Ahora bésame, bésame, sé dichoso... Vos no sos desgraciarlo, no tenés porque desesperarte así ¿Te echan? ¡Míralos con lástima vos de ellos y ríete! Si es mentira; si no te echan, si tu alma queda aquí, y a esa no hay ley que pueda sacarla de mi alma. ¿Decís que te Condenan a vagar? Te desesperas por este pedazo de tierra cuando te queda todo el mundo para vos, y en toda la tierra tener la libertad. No

vas solo, porque llevas con vos todo mi amor. ¿Y que te importa a vos nada si yo te quiero? ¿No me decías siempre que te sentías el rey de la vida en el trono blanco de mis brazos? Serás el rey, mi rey; ¡que el trono de mis brazos lo tendrás siempre! Reíte vos de esos que te echan, de esos, que son ricos, de esos que han roto nuestra dicha ¿Vos te creés que ellos son ricos, Vos te creés que ellos son felices? Yo te lo he dicho siempre chiquito. Tal vez sean mucho más desgraciados que nosotros. No son ricos, tienen dinero, y el dinero es una amarra de estupidez. Tal vez no tengan ni quien los quiera, ni hayan querido nunca. Y cuando se quiere, hasta esto es bello. Cuando se tiene el alma sana, cuando no se ha hecho nunca mal, no puede, no puede, no puede uno sentirse desgraciado. Ya ves yo no me siento infeliz, al contrario, me siento fuerte, muy fuerte, no tengo miedo de nada.

Esos que vos odias contra los que has ido, se vengan y te castigan: están en su derecho. No les guardes rencor, teneles lástima, que es un castigo ridículo el de ellos... Sí, mi alma ridículo. Yo comprendo que vos sos la verdad y ellos lo comprenden como yo, es por eso que amparándose en su fuerza te echan... por eso aún que te oyeran te echarían igual. Sí, son más desgraciados que vos porque tienen el alma chata, chata, mezquina. No cabe en ellos ninguna de estas cosas tan grandes y tan bellas que nosotros sabemos. Son unos pobres muñecos esponjados de orgullo que no saben ni siquiera sufrir.

Teneles lástima. La vida de ellos está llena de dorados, de cosas huecas. La de nosotros es humilde, pero es abierta, es franca, es buena... La de ellos no tiene horizontes. Por todos lados está cercada de vallas de mamarracho hechas de su misma estupidez, de su misma mezquindad de alma, de su mismo orgullo de ratones... La de nosotros, la de los humildes, es amplia, es grande, no tiene vallados, tenemos a un lado el campo abierto, al otro el mar y por arriba el cielo para cubrirnos. Ellos están atados al pedazo de tierra que se creen que es suyo, nosotros, como no tenemos nada, no tenemos amarra y es de nosotros el mundo entero ¡es nuestra divina libertad de pobres, es nuestra alta y hermosa libertad de miserables y de vagabundos!...

Arturo.— *(Asombrado al oírla)*. Pero Elisa ¿de donde sacás esas cosas? ¿Quién te las ha enseñado?

Elisa.— Vos, vos que me has enseñado a querer... y ellos, ellos que me han enseñado a sufrir.

Arturo.— Sí, tenés razón: decís la verdad. Yo lo tengo todo, pero es porque te tengo a vos y como vos no hay otra mujer en el mundo. Ahora gritaría. Bendita sea la ley que me sella y me separa, de los otros hombres. Bendito su sello que no es infame que es de gloria. Bendita la injusticia porque ella me hace acabar de conocerte. Saber de veras lo que vos sos...

Elisa.— Cállate... No volvás a disparatar. Todas las mujeres somos iguales: solamente que yo quiero, que te quiero. Y cuando una mujer, una pobre mujer llega a querer, entonces se hace fuerte, se hace grande, se hace diosa, hace que sea carne en ella el ideal del hombre que ella quiere.

Arturo.— Santa, bendita, buena, madrecita.

Elisa.— Cállate, quédate así, quédate así. (*Vuelve a abrazarlo contra su pecho*).

Julia.— (Saliendo). Arturo, ya están las cosas prontas (*riendo con amargura al verlos*). ¡Siempre ustedes iguales! (*Va hacia los otros*).

Arturo.— (*Levanta la cabeza y con un esfuerzo sobrehumano de voluntad se desprende. En esta última escena sobre todo deben los artistas poner toda su enjundia y darle en gestos la realidad para la que son impotentes las palabras*). (*Todos los que están en la escena salen a la calle con el baúl.*) Bueno, ya está, tengo que irme... Adiós, adiós mi alma... (*Se levantan abrazándose más estrechamente aún*).

Elisa.— No adiós no... Hasta siempre, hasta luego... separémonos sin pena, con alegría... hasta luego, hasta siempre. (*Se besan*). Se bueno, se fuerte, acordate de mí.

(Desprendiéndose del abrazo). Anda, anda... fuerte como tu Elisa te quiere. (Volviendo a besarle). Toma... anda, no mires para atrás.

(Sale él andando como automáticamente, sin alma, despacio y a ella en un enorme vencimiento de dolor le gritan las entrañas).

Elisa.— ¡Arturo!...

Arturo.— ¿Qué, mi alma?

Elisa.— Dame otro beso, Arturo... otro... mira, no creas que soy cobarde, no creas que mi alma tiene miedo de nada, ni que sufre. Pero, no se... Me duele todo como si estuvieras atado a mí y al alejarte me arrancarás pedazos de la carne... Bésame, bésame mucho... dame un beso tan grande que me lleves toda entera adentro de él.

(Se besan largamente, con toda el alma y toda la vida... se separan... él loco, le besa las manos y sale corriendo para no claudicar más aún. Cae ella de rodillas llorando, gimiendo. Pasa un rato, algo más serena se levanta, va a la puerta y ya no lo ve... Julia, mientras estaba Elisa llorando en el suelo, ha pasado llorando para la pieza, consolada por Doña Petrona que lagrimea también. Al volver de la puerta Elisa, muda de color, ve sobre la máquina el atado que traía de la calle.

Piensa que hay que trabajar, que hay que comer, que la chica está enferma. Y medio enloquecida vence el dolor y se sienta en la máquina y cose, llorando, con sollozos que la sacuden entera, por su amor y su dicha que se van. Rompiendo su máscara de serena, sufriendo más que si fuera débil).

ACTO III

LA VENCIDA

DECORADO

La escena representa la misma habitación del primer acto pero destartalada. Vacía. Solo hay en ella la camita de hierro en el ángulo izquierdo deshecha como si recién se hubiera levantado alguien; dos colchones arrollados en un rincón como de hacer camas en el suelo, la mesa de planchar que tiene cajón por el lado del foro, en medio, varias sillas, un aparadocirto chiquito de cocina al frente y un cajón con roñas y cosas amontonadas, contra la mesa del lado del público un banco largo.

Debe dar el cuarto una sensación fuerte de angustia y de miseria. Para Elisa debe ser muy sentido el papel y debe comprender la psicología honda del personaje que encarna para darle en sus gestos toda la fuerza que no conseguirían las palabras.

Sus aptitudes y su angustia, toda callada, su enorme vencimiento anterior, siempre serena, su lucha espantosa contra la caída que no puede evitar, el saber que es su obligación sacrificarse y una como doble personalidad que vive en ella, sobre todo en la escena donde prepara sus ropas para la salida de la noche inconsciente de lo que hace sin que intervenga para nada en ello la voluntad. todo eso, queda a la inteligencia de la actriz, que sintiendo mucho el papel, solamente conseguirá darle toda la belleza y la fuerza de la heroína que ha querido forjar el autor. Igual para las demás partes.

En el transcurso del acto pasa todo el día. Al levantarse el telón figura que son las primeras horas de la mañana. Sobre la mesa, en medio de la escena, el juego de ropa blanca con cintas rosa que Elisa cosía, a medio coser y sobre el armario, una taza y un cantarito de poner leche. Detrás de la mesa Elisa habla con su madre, teniendo en la mano el vestido rosa de la Gurisa.

ESCENA I

Elisa y doña Mariana

Elisa.— No mamá. no. La Gurisa se muere de pena si se lo venden.

Mariana.— *(Con un pañuelo blanco hecho vincha¹⁰ en la cabeza como se atan las criollas cuando les duele la cabeza).* Pero hay que hacer algo hija. Hov no tenemos nada, nada, y solo quedan estos centavos. Hay que comer, además el carnicero...

Elisa.— *(Tirando el vestido sobre la mesa).* ¿Y que se cree que nos van a dar por esto, mama?... Un vestido usado y de seda ordinaria.

Mariana.— Entonces... La pulserita de ella...

Elisa.— Cállese con eso. Una cosa que nueva no valía nada. Y además la único que le queda a la pobrecita. Vendo

10 Cinta elástica gruesa con que se sujeta el pelo sobre la frente. [N. e. d.]

más bien mi juego de novia. ¿Qué Je voy a hacer? ¡Para algo lo he ido conservando hasta ahora!...

Mariana.— Si hija... ¡Qué le vas a hacer! Esto es lo único que queda. No hay nada, no hay nada ya que podamos vender. Ya ves, de la ropa que te hiciste vos, solo esto. Y hay que sacar plata de algún lado mi hija. La pobrecita ni pastillas para la tos que tanto la calman, tiene... no se le puede hacer ni un caldito.

Elisa.— Bueno, mama... cállese. Sí, lo voy a vender. Pero cuando se acabe el dinero este... ¿qué hacemos?... No queda nada ya. Lo que tenemos que pagar si sacamos algo para poder tirar dos o tres días ¿y después?

Mariana.— Después... mira hija, después Dios no nos va a faltar... de hambre no se muere nadie. En algo hay que tener esperanza. Vale más que te vayas pronto a vender esto.

Elisa.— No, no... primero traigo la leche para la Gurisa y después voy. (*Agarra el cántaro del armarito*). ¿Cuánto me dijo que tenía?

Mariana.— (*Sacando una moneda del bolsillo*). Toma hija, con veinte centavos, tráele la leche y unos bizcochitos...

Elisa.— Bueno, voy... Mire, ahí en el armario, abajo hay yerba y unas galletas... Hasta luego...

(Sale Elisa. Doña Mariana queda sola de pie en la habitación un momento. Mira a su alrededor y dando un suspiro se va a la cama que destiende sacudiendo las ropas y poniéndolas sobre una silla; abre luego el armario y saca un paquete chico de yerba y un plato con galletas, y tomando la taza de la mesa sale para la cocina. Queda la escena sola un momento y entra Julia con su traje de mucama: casi corriendo y toda despelujada).

ESCENA II

Doña Mariana, Julia después Elisa, después don Mauricio, después la Gurisa.

(Entra Julia y se sienta en una silla al lado de la mesa, apoyando en ésta los brazos entre los que esconde la cara. Doña Mariana entra con la escoba y una salivadera que pone al lado de la cama. Al volverse para empezar a barrer la ve).

Mariana.— ¡Oh!... ¿qué hacés vos acá?... ¿cuándo viniste?

(Julia alza la cara y como inconsciente la mira sin contestarle).

Mariana.— Contesta estúpida ¿qué tenés? ¿Por qué andás con esa cara de asustada? ¿A qué viniste?

Julia.— A nada mama... a quedarme con ustedes... Ya no voy más... ¡Ya no voy más al conchavo!

Mariana.— Pero ¿estás loca? ¿qué estás diciendo?

Julia.— Le dije claro mama, que vengo a quedarme que no voy más.

Mariana.— ¡Pero hija!... ¿Sabes vos lo que decís? ¿No sabes que no es por gusto que estás conchavada sino porque hace falta?

Julia.— No me importa nada a mi... No voy porque no quiero, porque no quiero...

Mariana.— Entonces vos te has creído que están los tiempos como para caprichos... No, che, tenés que ir, y más que ligero.

Julia.— No mamá... ya no puedo aguantar más, máteme si quiere pero no me haga ir... No puedo, no puedo aguantar más, mamá.

Mariana.— Pero hija, vos estás loca... Ahora con orgullos... ¿No sabes que cuando hace falta hay que soportarlo todo? Y además... acá no podés quedarte... Mira hoy no tenemos ni que comer.

Julia.— ¿Y a mi que me importa no tener que comer?... ¡No me eche!... déjenme aquí: si no alcanza no comeré nada... Me meteré en un rincón para no estorbar... Pero allá no voy y no voy más... *(Llora)*.

Mariana.— Muchacha loca... cállate... en tu casa vos no fastidias y si hay un pedazo de pan para vos también alcanza. Pero comprende hijita, comprende la razón.

(Entra en este momento Elisa con el cantarito de leche y un paquetito que pone sobre la mesa y casi detrás de ella don Mauricio, que queda escuchando de pie en la puerta sin que las mujeres se hayan dado cuenta de su presencia).

Elisa.— ¿Qué hay? ¿Qué les pasa?... ¿Qué les pasa?... ¿Qué hacés vos acá llorisqueando?

Mariana.— ¿Qué querés que pase hija? Que acá está la niña del todo con la noticia de que va más al conchavo... Era lo único que nos faltaba.

Elisa.— Pero ¿qué bicho te ha picado? ¿Te han despedido?... ¿o estás loca?

Julia.— No me han echado, no... no saben nada...

Doña Mariana.— Caprichos, caprichos, como siempre... y ella sabe bien que no están los tiempos como para caprichos...

Julia.— No mamá... caprichos no... No es eso. Ya le he dicho que no puedo aguantar más, que no puedo, que no quiero.

Elisa.— ¡Tenés que querer y tenés que poder Geremías! Siempre con las lágrimas pegaditas a las pestañas y acobardándose de todo... Que señorita la que no quiere aguantar. Estás mil veces mejor que nosotros que no tenemos ni que comer... Te has cansado de decirme todos los días que estás contenta, que te tratan bien, que todos son buenos... y nos sales ahora con esta... Una lunita como

las que acostumbras. Las lunas se dejan para su casa y para cuando uno no necesita de nadie... El que trabaja tiene que aguantar muchas, pero muchísimas cosas y embromarse porque necesita. Bien sabes vos lo que le pasa al que se permite tener pretensiones. Y sobre todo ahora es cuando debes aguantar, ahora más que nunca... aunque sea un mes. Pensá en nosotros, en la chica, en la falta que hace tu trabajo.

Julia.— No. Elisa, no me digas esas cosas, no me retes, no es capricho. Y después de todo... no se porqué no lo voy a decir... Vos decís que yo soy cobarde, que me asusto de todo... Oh, Elisa... Vos no me conocés. Si vos supieras todo lo que he pasado en esa casa... todas las vergüenzas... todas las humillaciones... si vos te imaginaras. Yo pensaba en ustedes y lo aguantaba todo, todo, y no quería decirles nada para que no se afligieran más de lo que estaban. Pero anoche, oh. mamá... anoche el niño Raúl me tiró al suelo la puerta del cuarto... Yo sabía que iba a hacer eso y no me había acostado, y tranquilé la puerta con sillas y con el baúl...

Él anduvo toda la noche como perro rabioso por el corredor, y yo sentada en la orilla de la cama... temblando de rabia y de miedo, sin animarme a moverme, sin dormir... Él me gritaba... ¡Si supieran todo lo que me dijo!... Y a la madrugada yo no se cómo hizo que rompió la puerta y se metió en la pieza (*Llora*).

Mariana.— *(Ansiosa)*. ¿Y qué m'hija, y qué?

Julia.— Nada. No se asuste mamá... pude defenderme de él... lo he lastimado todo, le dejé la cara a la miseria, llena de sangre y no se como pude salir corriendo a la calle; he andado dando vueltas hasta ahora para no llegar así tan temprano y que se asustara la Gurisa...

No vuelvo más mamá, ni a buscar los trapos siquiera, y aunque me muera no me conchavo más.

Elisa.— Pero Julia, en otra parte, pensá querida...

D. Mauricio. — *(Al que ellas no habían visto se adelanta y habla entonces en un acceso espantoso de desesperación)* No m'hija, no *(A Elisa)*. Callate vos... no vuelve, no vuelve, ni se conchava, ni sale ninguna de casa aunque tenga que verlas morir aquí a todas juntas de miseria. Pobre m'hija. *(¡Canejo!¹¹... a ese guacho lo mataría yo!...)* *(Una pausa dolorosa)*.

Ustedes mujeres no comprenden lo que es esto no lo pueden comprender... Que saben ustedes de la desesperación del hombre, que siendo un hombre ve todo esto sin poder hacer nada nada, nada... Después de haber trabajado siempre, de haber sido honrado, de haber estado

11 Expresión que expresa enojo o ira. [N. e. d.]

siempre orgulloso de que sus hijas fueran las primeras, de que no les faltara nada, de que nadie tuviera que decir nada de ellas. Y estar, así con las manos atadas viviendo a costillas de las pobres muchachas que ya no pueden más. Tener que largarlas, a servir por ahí como si no tuvieran padre que trabajara para ellas, exponerlas a que cualquier canalla mal nacido las atropelle porque son desgraciadas, porque son pobres.

Mariana.— Pero Mauricio...

D. Mauricio.— *(Sin hacerle caso)*. Ver a la chiquilina, a la que mas he querido siempre, para la que todo me ha parecido poco, que ha trabajado tanto la pobrecita y que se muere faltándole todo... pasando hasta hambres para morirse más pronto.

Elisa.— Cállese tata que la chica puede estar oyendo, no diga disparates... que cuando se pone así, no sabe ni lo que dice.

D. Mauricio.— Ya lo creo que se lo que digo, que no son disparates. Verlas hundidas por culpa mía, por mi egoísmo enferma la chiquilina.

Elisa.— Cállese, que va a saber lo que dice... de la enfermedad de la chica no tiene la culpa más que la

desgracia... que ha sido débil... cuando menos es ella la única que trabaja... De lo demás, de todo soy yo... es Arturo que por mí...

D. Mauricio.— ¡Arturo!... Que culpa va a tener de nada el pobre Arturo... Él, que es quien mas la paga... Todo es la canallería, la inmundicia, la porquería de la vida... Oh, el gobierno... que echa como si fueran ladrones, como si fueran asesinos a los hombres buenos, honrados. trabajadores si quieren tener ideas, si quieren ser hombres y no máquinas, todo porque nacieron en otro país; y deja aquí, y no se muere de vergüenza de que sean argentinos todas esas cáscaras de hombres... esos asquerosos muchachitos inútiles que no hablan de justicia, de igualdad y de trabajo... que no tienen ideas para redimir desgraciados ni para alzar hermanos, pero la tienen para probarse un saco, para estrenar una corbata, para hablar mal del prójimo, para deshonar mujeres... para perseguir y acosar infelices porque son desgraciadas, porque son pobres, porque tienen que rodar en la vida buscando el zoquete!...

Julia.— Tata, por Dios.

D. Mauricio.— ¡Deshonrarlas! Eso no es nada... ¿De que vale el alma y el corazón de una infeliz, por más joven, por más linda, por más buena que sea?... Caridad, sociedad... gobierno. ¡Canejo! si todo esto da asco. Y después no

quieren que haya locos que tiren dinamita. Siquiera esos son hombres...

Mariana.— Basta Mauricio. Callate ya.

Elisa.— Si tata... no escandalice que no sabe ni lo que está diciendo...

D. Mauricio.— No hija, es que me ahogo, eso y mucho más se me ata aquí, y si no lo gritara me enloquecía... ¡Qué hombre, qué hombre puede aguantar el verse como yo! Lo que debía de hacer es tener el coraje de colgarme de cualquier palo o de hacerme saltar los sesos. ¡Ahijuna¹²!... ¡Mis hijas, mis tres hijas queridas! lo único que era la gloria de toda mi vida... Para que... ¿para qué habré hecho hijas yo...? ¡Para la calle y para el cementerio! ¡Para eso los pobres hacemos hijos!

(En ese momento entra la Gurisa a gatas sosteniéndose. Un espectro al que fallan pocos días para el fin)

Gurisa.— *(Desde la puerta apoyada)*. ¡Tatita!, ¡tatita!... ¿qué tiene tatita?... ¿Por qué está así?

12 Ahijuna: Interjección gauchesca de admiración, ira, sorpresa o pena. [N. e. d.]

D. Mauricio.— *(En un choque enorme de horror contra sus rabias)* ¡¡¡M'hija!!! *(Se tira en la silla donde al entrar se sentó Julia)*.

(Doña Mariana que corre a sostenerla). Gurisita del alma. ¿Cómo pudiste venir solita? M'hijita, que si te hubieras caído. *(La atiende en la tos)*. ¿Se te pasa m'hija?

Gurisa.— *(Rechazándola y andando sola hasta su padre)* Sí, ya pasó. Déjeme, si puedo andar bien... Lo sentí a tatita... ¿Que le pasa tatita, que le pasa?

D. Mauricio.— ¡Nada m'hija, nada!...

Gurisa.— Sí, usted tenía algo yo le sentí y por eso me vine... Me habían dejado sola. *(La ve a Julia)* ¡Ah! ¿Vos has venido? ¿Qué le dijiste que él está así?

Julia.— Nada Gurisa, nada, fue que él estaba contando una cosa.

Elisa.— Sí, estaba acordándose de Arturo y ya sabes que siempre que habla de él se pone así. ¿A qué te asustas?

Gurisa.— Si no me asusto... es que me da pena... No piense tatita... no piense... Venga, venga con su hijita para la cocina y siga contándome ese cuentito tan lindo, venga...

Mariana.— Veni Gurisa, conmigo, yo te llevo, enseguida viene tatita... Vamos.

Gurisa.— Bueno, pero que él venga con nosotros... Venga tatita.

D. Mauricio.— *(A Julia)* Venga usted también m'hija. Va a ver como en su casa está tranquila. Ha hecho bien en venirse, ha hecho bien...

ESCENA III

Elisa, después doña Braulia

(Salen todos menos Elisa que queda mirándolos irse y luego tras un rato de inmovilidad se encoge de hombros y se vuelve como en una burla dolorosa de su pensamiento, como sin fuerzas ya para luchar. Atraviesa lentamente la escena y en

silencio se pone a hacer la cama. Mientras está haciéndola aparece doña Braulia y se pone desde la puerta a mirarla monologando. Elisa no la ve hasta que después de terminar se vuelve para salir).

D^a. Braulia.— Por fin me la pesco sola a esta bicha. ¡Lo que tiene que hacer una por servir a las amistades! Hablarla a la marquesa cuando por mi gusto lo que haría era arrancarle los pelos. Qué será lo que le gusta al doctor de esta tarasca... Con que ganas me voy a reír cuando te vea del alto de la tierra... ¡cuando ya no podas darte pisto conmigo, gata hambrienta!...

(Calla mirándola entre burlona y amenazadora. Elisa termina y al volverse para salir se topa con ella)

D^a. Braulia.— Buen día, hijita.

Elisa.— Buen día señora ¿qué es lo que quiere?

D^a. Braulia.— Nada hija, que tengo necesidad de hablar un momento con vos... Ni que se te hubiera aparecido el diablo lo mirarías de un modo peor. ¿Todavía te duran conmigo los chorases¹³?

13 Chorear: ningunear, menospreciar. [N. e. d.]

Elisa.— Mire doña Braulia... Yo no tengo chororoses con nadie ¿entiende? Pero ya sabe que le he dicho que no quiero, que no quiero verla más adentro mi pieza. Por favor, salga doña Braulia. Salga.

D^a. Braulia.— Mira hija, déjate de nerviosidades que no te pegan ¿sabes? Yo vengo por los recibitos del alquiler de las piezas... me parece que podías agradecerme un poco, que no los molesto nunca... y eso que ya me deben más de tres meses y que al patrón no le gusta que se atrasen, y soy yo la que paso las vergüenzas. Debías pensar un poco, antes de hacerme estas cosas... Vos sabes bien que yo siempre las he querido, que por hacerte caso a vos ni le cobro a don Mauricio, ni les digo nada y eso que vos no mereces que te tenga lástima, porque seguramente te crees que sos la reina de Italia, o cosa por el estilo... El modito con que tratas a la gente.

Elisa.— Yo trato con los modos que cada uno se merece ¿sabe? Le he dicho que me espere... que de algún modo le voy a pagar todo. Y si no quiere esperar nos echa ¿oye? Pero salga, ¡salga ligero, doña Braulia!

D^a. Braulia.— Pero hijita... ¿porque sos así? ¿Porque tenés esas nerviosidades? Yo no te digo nada, ni te exijo tampoco que me pagues. Cuando puedan lo hacen... yo esperaré... Yo venía por ver. Y además, hija, te voy a ser franca. Ya sabes

que yo tengo siempre el corazón en la mano. Venía para ofrecermelo con la misma amistad que antes, que no te guardo rencor ninguno... La Gurisa está enferma, ustedes no se ven muy bien y pueden contar conmigo como siempre. No es por cobrarte la casa que tengo orden de no molestarte para nada. Y no creo que yo te haya hecho ninguna ofensa nunca para que seas así conmigo.

Elisa.— Sí, doña Braulia. disculpe, pero yo tengo mi genio, como usted el suyo. No me ha ofendido, no crea. Es que no quiero verla en mi cuarto, que no la quiero ver.

D^a. Braulia.— Bueno hija, ya me voy, ya me voy, pero antes tengo que darte esta carta que me ha dado el doctor para vos.

Elisa.— *(Sin dominarse ya porque no puede más)*. Salga, salga ligero, ya sabía yo que venía con algún alcahuetaje, vieja canalla, salga, salga.

D^a. Braulia.— Bueno, hija ya me voy, ya me voy. No te pongas así, yo no tengo la culpa... A mí me la han dado... Si no te gusta no la leas... pero yo cumplo con el encargo. Aquí te la dejo. *(La pone sobre la mesa)*.

Elisa.— *(Mirándola con horror como si quemara no queriéndola tocar)* Llévesela, no la necesito, no la quiero,

váyase. *(Hace ademán de echarse sobre ella para sacarla a empujones y la vieja se parapeta detrás de una silla).*

D^a. Braulia.— ¿Mirá ché... No me atropelles ¿eh? Oíme y si no te gusta no me hagas caso. Yo te aconsejo para tu bien porque las quiero y les tengo lástima...

Elisa.— No necesito de su lástima ni de su cariño... salga...

D^a. Braulia.— Ya lo creo que necesitas, hasta de un perro, estúpida... Me haces dar lástima... Oíme... Si no las han echado de la casa ha sido por el doctor. Vos te crees que sin pagar y con una tísica encima para infección y contagio las iban a dejar vivir aquí por tu linda cara. ¡P'chá que sos idiota! Vengo de pagarles la cuenta de la carnicería y la casa también está pagá... El doctor no quería que yo te dijera nada y si lo hago es para que veas que no te pegan los orgullos. Y lo bueno que es. Y lo que te quiere el pobre. No seas loca, hacele Caso... La suerte no se encuentra dos veces. ¿Y qué otra cosa podés esperar vos? ¿O lo esperás al Presidente? *(Elisa al oírla se queda como paralizada de vergüenza, de asombro, de rabia que no la deja hablar, inmóvil mirándola).* Envalentonada la vieja con el silencio, *(sigue)*: Ya ves como te has callado. Ya ves como tengo razón. Hay que saber entender la vida, ché. Tené confianza conmigo. Olvídate de esos orgullos y verás como te va a ir lo

más bien. No tiene necesidad de enterarse nadie. Yo te voy a guardar el secreto. Vos salís conmigo y juntas volvemos. Verás como no te va a faltar nada. Vas a tener todo lo que vos quieras. Le vas a tomar cariño cuando lo veas tan bueno, todo lo que te quiere, todo lo que le vas a deber. Y además ahora que te veo ir entrando en razón yo te digo... Te quiere tanto que es capaz de casarse con vos si le demostrás un poquito de cariño. No se cuantos miles me ha dicho que te va a dar esta noche. Ahí en la carta dice. Leela... *(Elisa siempre inmóvil ahogada de desesperación ni le contesta. solo la mira con los ojos muy abiertos y muy fijos y retorciéndose las manos)*: Ves como yo soy buena amiga, por mas cosas que me hagás. Yo también he sido muchacha... y ahora aunque no tan moza... todavía se querer. Poco a poco vas a ir olvidándote del Arturo.

Elisa.— *(Al choque del nombre querido despierta de su angustia nimia, y como loca grita más que habla)*. Cállese, cállese, no lo nombre, no lo nombre usted a él si no quiere que me enloquezca, que la deshaga... salga... salga ligero... Casarme con ese... ¡Prefiero lo otro!... *(Al ver que no sale doña Braulia hace ademán otra vez de irse sobre ella)*. Salga, salga doña Braulia, por favor... salga...

D^a. Braulia.— *(Retirándose hacia la puerta para evitarla)*: Pero che, respeta... no me toques... ya me voy... Mira, acordate que no te guardo rencor *(Desde la puerta)* Lee la

carta. Ya sabes que esta noche te espero en mi pieza, anda con confianza, no seas criatura...

Elisa.— *(Sola, enloquecida, como implorando en un gesto de infinita desesperación, de angustia, de debilidad de vencimiento en la lucha): ¡Ay, mi Arturo mi vida! ¡Mi gloria! si la vieras a tu reina. ¡A tu Elisa, si la vieras!... (Tirándose en la silla y sollozando con la cara entre las manos y apoyada en la mesa. Se queda así un rato y aparece huroneando la cabeza de doña Braulia por la puerta).*

D^a. Braulia.— *(Monologa): ¡No se ha quedado con muchos alientos, no! Corcobéá, corcobeá que te voy domando. Hoy no me rompiste la carta. La que no necesita de la ayuda de nadie mientras tenga manos... Já. já, já! La que no necesita. Te espero, si vas a ir. estoy más segura de que vas a ir. Vas a caer a rogarme. El hambre te va a matar el orgullo.*

(Hace mutis definitivamente y queda Elisa sola sollozante sobre la mesa, después de sollozar un rato queda callada y quieta, y luego, como respondiendo a su pensamiento y alzando la cabeza).

ESCENA IV

Elisa, después Julia, después la Gurisa, después doña Mariana

Elisa.— ¿Por qué, por qué seré tan desgraciada yo? ¿Que mal habré hecho nunca para que el destino me castigue así? Ya no puedo mas, ya no puedo mas, me duele todo, todo. Arturo, mi Arturo... Ya ni el pensar en vos me da fuerzas para seguir penando... No puedo más... No puedo más...

(Vuelve a sollozar y esconder la cara entre los brazos. Pausa. Julia llama desde dentro; a su llamado, y luego mientras habla con ella Elisa se para, disimula; se arregla el pelo, se limpia los ojos y mirando con horror la carta sobre la mesa; que al mismo tiempo la atrae, abre el cajón y sin tocarla, con las tijeras la echa dentro cerrando luego. Vuelve y se sienta en el banco mirando al público, recostada en la mesa; y así empieza a coser alpargatas de modo que cuando la otra entra la encuentra trabajando).

Julia.— *(desde dentro)*. Elisa, mamá te llama ¿qué haces que no venís?

Elisa.— Ya voy. Estoy ocupada con esto ¿qué querés?

Julia.— Dice mamá que vengas a tomar unos mates, ligero.

Elisa.— No tengo ganas, no quiero, estoy apurada por ver si acabo de una vez.

Julia.— Entonces voy a ayudarte... ¿eh? ¡espérame un momentito!

Elisa.— ¡Bueno mejor... vení! *(Entonces es que guarda la carta, y se sienta poniéndose a coser. Cuando entra Julia y se para contra la mesa, ella atareada ni levanta los ojos, ni la mira para evitar se los vea enrojecidos. Julia se ha sacado el delantal y se ha puesto una bata clara)*

Julia.— *(después de un rato de silencio)* Decime la verdad ché Elisa ¿no estás enojada conmigo?

Elisa.— No sé por qué voy a estar enojada, hijita... no pienses pavadas *(La mira Julia)*

Julia.— Como te veo así... Hasta parece que has llorado.

Elisa.— No... es que me duele la cabeza. Me duele tanto.

Julia.— Yo también me siento mal, tengo el cuerpo dolorido y estoy cansada como si hubiera caminado una legua.

Elisa.— *(La agarra de una mano).* Sentate acá querida, sentate... *(La otra se sienta y ella deja un momentito el trabajo para tocarla acariciándola)* No es nada... es del susto, del disgusto... de todo junto... ya vas a ver como mañana estás bien... después que descanses.

Julia.— Sí... ¿quieres que te ayude? Dame... me parece que voy a poder...

Elisa.— Esto es fácil... puede cualquiera... *(Le da la que ella hace)* Toma esta, la haces como está la otra. *(Le enseña de sobre la mesa una terminada y empieza ella otra.)*

(Ya sentadas muy juntas sin dejar de trabajar hablan despacio sin muchos gestos con grandes pausas... Mas casi monologan contándose lo todo...)

Julia.— Mira... sale bien ¡qué fácil! Pero han de pagar muy poco, ¿verdad?

Elisa.— Casi nada... no vale la pena... Y además, como no estoy acostumbrada las hago muy despacio... Ya ves... ayer entregué y comimos... Ahora no puedo entregar hasta mañana, y eso, ayudándome vos... Hoy solo había para la leche de la chiquilina. No hemos comido...

Julia.— Mirá. yo te juro que no he tenido hambre... había galleta. (*Pausa*)

Elisa.— Es inútil, no tengo gusto por nada; ni ganas de trabajar... ¿para qué?... Me siento y estoy como si me empujaran y tengo que dejar... ando dando vueltas por la casa como si hubiera perdido algo... Vamos al suelo, Julia, al suelo... Se pierde hasta el gusto de trabajar. Dan ganas de tirarse en un rincón y dejarse morir... Me da frío cuando pienso que va a acabar este día... y que amanecerá mañana y pasado... y que todos los días hay que comer... en que a la fuerza se tiene que seguir la vida.

Julia.— Pobre Elisa. Yo no se porque, pero vos sos la que cargas con todas las penas... ¡que cosa la vida!... Fíjate si estas cosas vinieran de golpe... lo mataban a uno... Vienen de a poquito y uno, hasta parece que se acostumbra que los

golpes lo van asonsando, nos quedamos igual. Se ha podido vivir todo este tiempo... Se seguirá viviendo...

Elisa.— No ché... ya no podemos seguir... Esto tiene que reventar por algún lado... Vos no has estado acá... vos no sabes... De a poquito lo hemos vendido todo... de eso más que de esto hemos vivido... Ya las cosas se acaban. Hoy tenía que ir a vender el vestido rosado de la Gurisa y mi juego de novia... No he ido... Ni pensando que por eso iba a sacar plata para comer... A mamá ya le da lástima decirme que vaya... ¡la pobre!... Se cree que es pena que tengo porque es mi juego de novia. No es por eso que tengo pena. Es que pienso que es lo último que queda que cuando se acabe la plata de eso... Y después no tengo ganas... no tengo alientos ni para andar un paso.

Julia.— (*indecisa*). Mira Elisa... Después de todo... Si vos querés voy allá a cobrar los días...

Elisa.— No... no vas... no vas... no se hace nada con eso... (*pausa*). Si no fuera por tata... ya lo ves al pobre... nos podíamos conchavar¹⁴ las dos.

Julia.— Sí... pero no pagan hasta fin de més... y todo ese tiempo...

14 Conchavar: Unir, juntar, asociar. [N. e. d.]

Elisa.— O habría que mandarla a la Gurisa al Hospital... Por lo que yo me desespero es por el pobre viejo... Ya lo viste hoy... Siempre por cualquier disgusto se pone así. ¡Y peor!, o si no se lo pasa callado triste... amontonado en un rincón y me da miedo, me da miedo imaginarme lo que puede estar pensando. Es capaz de hacer algún disparate.

Julia.— ¡Pobre viejo! tiene razón, quien le hubiera dicho que iba a verse así.

Elisa.— ¿Oh, y a mí? Yo que tanto deseaba que pasara el tiempo de una vez, y llegar a estos días pensando en que iban a ser tan felices... ¡que pena!

Julia.— *(Exaltándose más y más)*. A mi no me da pena, a mi, como a tata, me da rabia... rabia... Me dan ganas de gritar y de morder... ¡Oh, Elisa! porque somos buenos, porque somos buenos nos vemos así... ¿Porqué al fin y al cabo que es lo que nosotros debemos? ¿No estamos sanas y sabemos trabajar?... Hay que ser sinvergüenza para que la vida no lo acose a uno. Pobre Elisa vos la guapa, la que has hecho frente a todo sin creer que la desgracia te iba a poder... Mira... Sos brava, sos fuerte... pero sos buena y sos honrada... Y siendo buena y honrada, de que te vale tener todo el coraje que tengas si en la vida no se hace nada con la bondad y con la honradez... A veces me dan ganas...

Elisa.— Cállate... cállate, no disparates.

Julia.— Mira donde yo estaba ¿Vos creáis que esos eran ricos? Eran más pobres que nosotros, porque debían más plata. Para tenerlo como ellas... La niña rubia... esa linda que vos viste es peor que la última.

Elisa.— ¿Que la última?...

Julia.— Fíjate, que vive con un señor viejo muy rico ¿sabes? ese es el que les paga todas las cosas. Y todos ellos saben, hasta los varones y están muy conformes. La madre, ché, la madre, la vieja esa, por tener lujo, que asco... Fíjate que el señor se queda siempre allá, y ella, la madre, de mañana, le hace chocolate y se lo manda al cuarto... ¡Yo se lo he llevado tantas veces! Si vos hubieras visto como se aborrecen todos entre ellos... como se peleaban... sobre todo con la niña los hermanos. Un día ella los echaba. Les decía que si les parecía tan mal lo que ella hacía, que no comieran de ella. Se metió la vieja diciéndole que no les parecía nada pero que debía tener un poco más de disimulo... ¡Vieras como se puso!... todas las cosas que le dijo a la madre... ¡Vos la hubieras oído!... Yo la tuve que llevar al cuarto porque le había dado como un ataque de llanto, que se anegaba... Pobrecita... mira... será todo lo que quieran pero es buena. La que llora así, no puede, no puede ser mala... aunque haya hecho eso... ¿No te parece?... *(Pausa.*

Como Elisa calla angustiada, recordando lo suyo Julia sigue):
Con que ganas le hubiera dicho a la vieja cuando empezaba a decir gansadas de “chinas” y “aristocracia”, que la que se podía ensuciar era yo, que si yo quisiera, al precio que lo tenía ella lo tendría yo también, que si yo no fuera buena no tendría que andar rodando, que tendría como ella vestidos de seda, que no se moriría mi hermana hasta con hambre: ¿decime, no tengo razón? *(Elisa se ha puesto lívida y no puede disimular su desesperación)* ¿Pero que tenés? ¡Qué cara! ¡Te has descompuesto! ¿Porque estás así? *(Le agarra las manos)* ¡Tenes las manos heladas!

Elisa.— No... no es nada, déjame, lo que me contás eso me daba no se qué... no me contés mas... cállate... trabajemos. No hables nada que me duele mucho la cabeza...

(Quedan calladas trabajando un momento, entra la Gurisa que da unos pasos por el cuarto, la pobrecita).

Gurisa.— ¿Qué hacen muchachas que no vienen? ¿Por qué no van a trabajar allá? Yo tengo ganas de estar un ratito con ustedes.

Elisa.— *(Levantándose a alcanzarla al mismo tiempo que Julia.)* Pero Gurisa que capricho de andar sola. Te podés caer.

Gurisa.— No; si mamá me trajo hasta La puerta, tata salió y ella se puso a lavar... si yo puedo andar bien.

Julia.— *(Agarrándole del brazo)* Bueno flaquita; venga... siéntese acá con nosotras y nos dice como se halla.

(Se sientan las tres en el banco con la Gurisa en medio, habla ella con su pobre vos cascadita de moribunda y mucha fatiga, tosiendo. Con esa esperanza de los tísicos de estar fuertes de sanarse pronto).

Gurisa.— *(Sentándose)* Me hallo bien... de veras mejor que nunca, mejor que antes que vos te fueras...

Julia.— Si, te encuentro un poco más gordita.

Gurisa.— ¿Un poco? ¡Mucho!... Solamente que no se que tengo que a mi no me faltan pestes. Me mejoro de una cosa y enseguida tengo otra encima... Toda la mañana me han dolido las piernas y ahora le estaba diciendo a mamá que me parece que están hinchándose.

Elisa.— No hables tanto que te fatiga... A ver mostrame esas canillas.

Gurisa.— *(Riendo)* Mirá, mirá que gordas *(Se levanta la pollera, y las enseña hinchadas.)*

Elisa.— Pero esto no es hinchazón zonza... es que estás más gordita... y acostumbrada a verte los chifles.

Julia.— A mi tampoco me parecen hinchadas. *(La Gurisa tiene un acceso de tos que la ahoga Elisa la atiende enderezándola)*

Elisa.— ¿Se te pasa?

Gurisa.— Sí... ya... ya...

Elisa.— ¿Ves?, ¿ves? Por hablar mucho que te fatiga... Estate calladita que esa picara tos...

Gurisa.— Sí, la tos... esa pícara tos que no se me mejora nunca... A veces me parece que es como idea... Lo que miro las paredes creo que no hay aire y toso... y me parece que me ahogo... que me muero... Ya ves, allá no tosía nunca.

Julia.— Allá era distinto, allá había aire... pero acá... *(Gurisa encantada con el recuerdo de donde vivió tan feliz no resiste la tentación de evocarlos)*

Gurisa.— ¡Oh! ¡Allá era tan lindo!... Vos vieras, Julia... allá yo me moriría a gusto.

Elisa.— ¿Qué decís pavincha? ¿Quien habla de morirse?

Gurisa.— No. Quiero decir que aunque allá me muriera no me importaría. Después que vine me parece todavía peor acá tan encerrado, respiro menos... toso mas... allá vivíamos tan lindo... Era Casi en el campo ¿sabes? Era un ranchito pintado de blanco y llenito de enredaderas... Había flores, plantas de rosa... ¡un fresquito a la siesta!... ¡Teníamos una vecina más buena!... Todas las mañanas me traía un vaso grande de leche recién sacada con tanto así de espuma... Vos vieras que rica... Qué rica es la leche sacada recién... tomarla de mañana tempranito... Deja bigotes de espuma y es dulce, dulce... A veces salíamos en seguida de tomar la leche a caminar... era un aire rico con olor a pasto y a sol que entraba hasta muy adentro en el pecho y lo ensanchaba y daba ganas de vivir mucho... a la fuerza había que estar contenta. Acá nunca estoy bien... Pero siempre pienso que con otros meses que pasara allá me curaba del todo. Se me quitaba este miedo que tengo de morirme...

(La interrumpe un terrible acceso de los. Durante la conversación con sus hermanas Elisa ha estado sufriendo lo indecible mirando a veces el cajón donde la carta de la

deshonra encerraba la felicidad del fin de la chica. Pensando que si ella lo hiciera salvaría a los suyos).

Elisa.— *(Sosteniéndola)* A ver leche... alcanza leche, Julia

Julia.— No hay mas, no hay... se acabó...

Elisa.— Entonces agua, pronto...

Gurisa.— *(Que al toser llora)*. Me ahogo Elisa... Me ahogo... ay... ay Elisa, me muero...

Elisa.— No es nada... ya pasa... no te asustes *(Julia alcanza el agua)* toma, tomá el agua *(La Gurisa va a hablar)*. No no hables, te hace mal, te cansa...

Julia.— Si flaquita... estese calladita... hable poquito.

Gurisa.— ¡Si no toso porque hablo.... es que me parece que se acaba el aire. Allá hablaba mucho y no tosía.

Julia.— Pero era distinto... era distinto.

Elisa.— *(En un arranque inconsciente)*. Mirá, cuídate, no hables, pónete guapa para poder ir otra vez... que vas a ir.

Gurisa.— ¿Qué decís?... ¿Que voy a ir allá?

Elisa.— Si vas a ir. Yo te juro que vas a ir...

Mariana.— *(entrando)*. Venga Gurisa calavera, venga a tomar su leche... Seguro que se ha puesto a conversar como un lorito... que la sentí tosiendo.

Gurisa.— Tosí poquito, poquito, mamá. Ya se me pasó... Mire, oiga. Elisa dice que vamos a ir otra vez allá, que me cuide mamita... yo enseguida me sano si voy.

Mariana.— *(Tomándola de un brazo para llevársela)*. Dios lo haga hijita... Dios nos ayude. Venga, vamos a tomar su leche.

Gurisa.— *(Levantándose)*. ¡Bueno!... Ay, no puedo casi pisar... *(Se mira las piernas)*. Mamá, mire... me parece que las tengo más hinchadas que hoy... me duelen.

Mariana.— *(Disimulando)*. No es nada m'hija, son unos dolorcitos que como está flaquita y débil la fastidian más...

Ya se le pasará (*a las otras*). ¿Y ustedes por qué no se vienen a coser afuera? Está obscuro acá, allá es mejor.

Gurisa.— Si Elisa, vení... así me contás si voy a ir.

Elisa.— Si, vaya querida... ya vamos nosotros. (*Se levanta a arreglar la costura para llevarla.*)

Gurisa.— (*Saliendo apoyada en la madre*). Me duelen las piernas mamá... Me pesan...

Julia.— (*La mira salir con dolor y se vuelve a Elisa*)
Elisa... cuando a los tísicos se les hinchan las piernas es que se van a morir enseguida... Elisa, si la Gurisa se muriese ahora...

Elisa.— (*Mala, cruel, con mal modo*). Mirá callate... por favor callate... Agarrá estas cosas y llévalas allá, que ya voy yo a que sigamos trabajando... andá.

(*Se sienta y apoya los codos en la mesa con la cabeza entre las manos. Julia asombrada de su actitud sale despacio volviéndose para mirarla.*)

ESCENA V

Elisa, después Julia

Elisa sola. En esta escena, casi sin palabras, toda en gestos es donde la actriz debe poner toda su enjundia, toda su inteligencia, sintiendo y comprendiendo hondamente su papel. El intenso proceso psicológico el momento horrible en que la infeliz abdica de cuanto le era más querido que la vida comprendiendo que es su obligación perderse, ser mala, todo eso queda librado a la inteligencia de la actriz. Queda un rato largo así, pensando. Se levanta decidida como rompiendo algo y va al cajón del que agarra la carta... La remira, vacila, por fin, con la aguja grande la abre lentamente. La saca y la lee callada con los dientes apretados. Con los ojos fijos en ella monologa...

Elisa.— Tres mil pesos... una hora... (Mira a su alrededor la horrible miseria). Tres mil pesos. (Ríe amargamente). Trabajando un año hasta de noche, no gano para comer... Con ser mala una hora... (Vuelve a reír). ¡La vida!

(Lentamente guarda la carta y cierra el cajón con la rodilla. Queda un largo rato allí inmóvil perdida dentro de sí misma.

Automáticamente va al cajón del fondo donde hay trapos, saca la ropa, el vestido, se mira los zapatos. Pone la ropa sobre la mesa, remira el vestido. Sí, me va a quedar bien, puedo arreglarlo. Queda un rato como alelada. Reacciona, se retuerce las manos desesperada. Pero si no voy a ir... si no quiero ir. (Pausa larga). Debo, es mi obligación... no te falto Arturo... no te falto... Te quiero más que antes... más que nunca. Si soy más digna de vos... ¡Si vos sufrieras me abrirías los brazos y me dirías bendita!... Debo... debo por la chica por la chica... Quiero ir... pero no voy a tener valor... soy muy cobarde... Ahora que lo tengo que perder lo quiero más. Debo. Si en mí no es honradez, si es cobardía, si con Arturo lo habría hecho, lo quería hacer... Este porque lo odio... porque me da asco... Mejor odiándolo... mejor cuanto más sufra, para hacerlo. Así no es faltarte Arturo... no es traicionarte... (El llanto la ahoga, mira la ropa). ¡Arturo de mi alma!... la ropa que me hice con la plata que vos ganaste... ¡la que vos me ayudaste a hacer, Arturo! (Vencida por fin se dobla sobre la ropa besándola, llorando con gemidos, con sollozos hondos acompasados que la sacuden toda entera.

Julia.— *(Viene llamándola desde fuera, entra). Ché, ¿que haces, que no venís? la Gurisa te llama, ¿estás llorando? ¿Qué tenés? (Al acercarse ve la ropa). ¡Ah!... Pobre Elisa, pobrecita. (Se le llenan también de lágrimas los ojos y le acaricia la cabeza). Pobrecita Elisa, querida... ¡tu juego de novia!*

Elisa.— No llores, ¿que te importa a vos? ¿Para que llorar? Yo ya no voy a llorar más en toda mi vida. Vamos, vamos afuera; a coser no. Estoy harta Julia, harta, cansada de miseria, no puedo más, a coser no, no... ¿para qué? A tomar aire, que me ahogo, vamos. (*Hace como que se retira y vuelve*).

Julia.— ¡Pobre Elisa!... pobrecita... ¿lo vas a ir a vender ahora?

Elisa.— (*Se ríe, se vuelve loca, se tira sobre la ropa, vencida, rota y sin su dominio sobre sí misma, riendo, riendo, riendo...*) Sí ahora, ahora, por todos nuestros antepasados, ahora lo voy a ir a vender, ahora, a la noche, y bien caro lo voy a vender, más caro de lo que nadie se imagina, más caro... Ahora, ahora a la noche, voy a ir a venderlo... Pero sin esto, sin esto que Arturo le puso... sin esto. (*Riendo y llorando y besando la ropa le arranca a tirones las cintas rosadas.*)

TELON LENTO



SALVADORA MEDINA ONRUBIA, LA HEROÍNA DESCENTRADA

Escritora, anarquista, militante y la primera mujer en dirigir un diario en Argentina. Cuestionó las costumbres de la época y fue pionera a su manera y con su propio estilo.

Una revolucionaria contradictoria, con muchas facetas. Por eso incomprendida. Madre que cuestionó los roles de la maternidad, anarquista desde el poder, dramaturga rebelde, una voz única abanderada de las ovejas negras.

Es difícil definir a Salvadora, más complicado aún encasillarla, y casi imposible abarcar todos los hechos y aspectos que la volvieron la mujer que fue. Algunas palabras que trazan el mapa de su vida: anarquista, madre soltera, militante, artista apasionada, y en todos estos roles, poco ortodoxa, tal la serie que tan de moda está hoy.

Mujer empoderada y rebelde aún cerca del poder, relatamos algunos hechos que marcaron su historia:

Su madre, española, plantó a su novio en el altar y persiguió una vida nómada con un circo. Salvadora, que heredó su espíritu rebelde y el origen judío, nació en 1894 en la Plata. Pasó su infancia y primera adolescencia en Entre Ríos y su vida adulta en la ciudad de Buenos Aires.

A los 16 quedó embarazada de su primer amor, y fue madre soltera por convicción. Poco le importó el run run de los rumores de la sociedad conservadora de aquel entonces. Lo que si le importó fue el suicidio de ese primer hijo, contado como un accidente, que le valió una depresión que duró hasta sus últimos días. Se dice que "Pitón", tal como lo apodaban, se pegó un tiro al enterarse que no era hijo de

Natalio Botana, marido de Salvadora y uno de los hombres más poderosos del país, quien lo adoptó como propio.

La convicción de su vida fue el anarquismo. Peleó por la liberación de Simón Radowitzky, militante y figura del movimiento nacido en Rusia y preso durante más veinte años por el asesinato del Jefe de la Policía de Buenos Aires, Ramón Falcón. Salvadora, luego de financiar varios intentos fallidos de fuga, consiguió que Hipólito Yrigoyen le concediera un indulto.

Fue una de las primeras mujeres en el país en dar un discurso en un acto político multitudinario, en 1914, por la liberación de Radowitzky. También participó de los episodios en torno a la Semana Trágica, junto con su pequeño hijo, al que llevaba para que viva la lucha social desde adentro.

Según su nieto, Copi, fue la primera argentina en atreverse a escribir sobre dobles pecadoras, las lesbianas y las adúlteras. Una de sus obras más valoradas fue *Las descentradas*, estrenada por primera vez en el Teatro Ideal en 1929. Allí, Salvadora honra sus propias contradicciones, narrando mujeres que cuestionan las estructuras monogámicas, el matrimonio y la familia tradicional.

Buscando financistas para una de sus obras de teatro en el *Diario Crítica* conoció a Natalio Botana, su fundador. Cuentan que el flechazo fue mutuo y magnético. Con Botana, mucho mayor que ella, se casó para que sus hijos pudieran

tener su apellido. Más allá de compartir su vida con uno de los hombres más poderosos y acaudalados del país, Salvadora nunca deshonró sus convicciones ni su militancia. Era normal verla llegar en Rolls Royce a un motín, y armar bombas molotov en vestido y tacos.

Fue presa por el régimen de Felix Uriburu junto a otros 30 periodistas, y desde la cárcel del buen pastor le escribió al presidente de facto una dura y emblemática carta, que entre otras líneas, decía lo siguiente:

"Señor general Uriburu, yo sé sufrir. Sé sufrir con serenidad y con inteligencia. Y desde ya lo autorizo que se ensañe conmigo si eso le hace sentirse más general y más presidente. Entre todas esas cosas defectuosas y subversivas en que yo creo, hay una que se llama karma, no es un explosivo, es una ley cíclica. Esta creencia me hace ver el momento por el que pasa mi país como una cosa inevitable, fatal, pero necesaria para despertar en los argentinos un sentido de moral cívica dormido en ellos. Y en cuanto a mi encierro: es una prueba espiritual más y no la más dura de las que mi destino es una larga cadena. Soporto con todo mi valor la mayor injuria y la mayor vergüenza con que puede azotarse a una mujer pura y me siento por ello como ennoblecida y dignificada. Soy, en este momento, como un símbolo de mi Patria (...) General Uriburu, guárdese sus magnanimidades junto a sus iras y sienta como, desde este rincón de miseria, le cruzo la cara con todo mi desprecio"

Luego de la muerte de su marido en un accidente automovilístico, Medina Onrubia pasaría a estar al frente del negocio familiar convirtiéndose en la primera mujer en dirigir un periódico.

Una de las anécdotas que mejor la pintan es que llevaba una pulsera donde se hizo engarzar una bala dirigida a su despacho en el diario, que impactó en una pared detrás de su escritorio cuando ella no estaba allí.

La directora Daiana Rosenfeld estrenó en 2017 "Salvadora", un documental sobre su vida y figura, que se puede ver en Cine.ar Play.

Salvadora murió en 1972, en la pobreza, el olvido y la soledad.

"Nosotras no queremos los derechos de los hombres, que se los guarden. Saber ser mujer es admirable, y nosotras solo queremos ser mujeres en toda nuestra espléndida feminidad. Las descentradas somos las que no pensamos, las que no sentimos, las que no vivimos como las demás. Las que entre gente burguesa somos ovejas negras y entre ovejas negras somos inmaculadas. Todas somos raras"

Fragmento de Las descentradas.

<https://www.cultura.gob.ar/salvadora-medina-onrubia-la-mas-olvidada-de-las-descentradas-8913/>